

**Siempre alegre - Vol. 2**  
Nueve cuentos para niños y jóvenes  
**Autor: Diversos autores**

–Mamá, para dentro de ocho días la escuela ha organizado una excursión. ¿Me permites que vaya yo también? –le gritó Víctor, de doce años, a su madre, antes de llegar a su hogar, una casita rodeada de vides. La madre vino a su encuentro, le acarició la cabeza llena de rulos y le contestó lentamente: –No sé, Víctor, ¿cuánto cuesta?

**Aviso legal / Derechos:**

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

# Índice

La excursión de la escuela.....	3
Prisionero .....	17
El prado del bosque.....	25
Max, el gallina .....	42
Nido de cigüeñas .....	49
Dios nos cuida .....	58
Dos de menos.....	65
El negro Iván.....	70
La pequeña Sofía .....	77

## La excursión de la escuela

–Mamá, para dentro de ocho días la escuela ha organizado una excursión. ¿Me permites que vaya yo también? –le gritó Víctor, de doce años, a su madre, antes de llegar a su hogar, una casita rodeada de vides.

La madre vino a su encuentro, le acarició la cabeza llena de rulos y le contestó lentamente: –No sé, Víctor, ¿cuánto cuesta?

Por la cara recién alegre y radiante pasó una sombra. –¡Oh, mamá –rogó él–, por favor, por favor, permítemelo! Solo cuesta seis francos y sabes que me gané un franco cuando saqué la nieve con la pala.

Con esto no notó que la madre meneaba la cabeza.

–Víctor, –repuso ella– ¡solo seis francos dices! Seis francos es mucho dinero para una excursión y bien sabes que tenemos que ahorrar. No, Víctor, por más que me duela, no creo que pueda hacer ese gasto.

Los ojos de Víctor se llenaron de lágrimas. Luchaba visiblemente en contra de ellas; sin embargo, su voz temblaba cuando respondió: –¡Y yo que creía tan seguro que me lo permitirías! Será estupendo... queremos ir hasta los Diablerets, y todos pueden ir, sí, todos menos yo. Y comenzó a sollozar fuertemente. –¿Por qué tenemos que ser tan pobres ahora? Es terrible, terrible –se lamentó él, y habría seguido si su madre no le hubiese mirado con mucha tristeza.

–Víctor, ¿no crees que a mí misma me cuesta mucho negártelo? Mira, si pudiese te daría con gusto los seis francos; pero sabes que simplemente no puedo.

Víctor se calló, se quitó su mochila de la espalda y subió lentamente la escalera hasta su pieza del altillo, mientras la señora Falcón entraba en la sala.

Víctor era el único hijo de la viuda de Falcón. Hacía un año había perdido a su padre, quien había muerto a causa de una enfermedad del corazón. Hasta poco antes de su fallecimiento, la familia había vivido en muy buenas condiciones económicas, pues el señor Falcón poseía viñas en Villanueva, en la Suiza francesa, la que le dejaba una muy buena entrada. Había heredado esta propiedad de un tío rico, quien se la había dejado a él porque el hijo del tío, Eduardo, a quien en realidad le habría pertenecido, se había ido a América a los veinticuatro años. Desde entonces se

lo daba por desaparecido. A la muerte de su padre, el anciano señor Brunel, no fue posible encontrarlo oficialmente. Solo después que esto quedó establecido, Falcón se decidió a tomar posesión de la herencia, al ser considerado como el único heredero del lucrativo bien.

Poco después se casó. Cuatro años más tarde nació su hijo. Cuando el pequeño Víctor cumplió diez años, inesperadamente apareció Eduardo y exigió la propiedad de su padre. Aunque el derecho estaba del lado de Falcón, como lo confirmaban todos los parientes, conocidos y vecinos, él renunció a favor de Eduardo, prefiriendo morir de hambre antes que ser llamado un cazador de herencias.

Así Eduardo Brunel con su esposa –una rubia americana– y su hijita de ocho años se mudó a la hermosa casa y se hizo cargo de la propiedad de su padre, mientras Falcón se trasladó a una casita, única herencia que le habían dejado sus padres, tempranamente fallecidos. Sin embargo, no vivió allí mucho tiempo, pues murió un año después del retorno de Eduardo.

De tal manera Víctor Falcón se encontró de pronto en una situación económica muy limitada a lo que le costaba mucho acostumbrarse. Solo por amor a su madre contenía su ira cuando ella le volvía a decir una y otra vez: –Eso ya no podemos hacerlo. Pero en lo íntimo de su ser se había acumulado un gran odio hacia su tío Eduardo y su familia; bien sabía que ellos eran la causa de su pobreza.

Sin embargo, la señora Brunel no tenía la culpa de que su marido hubiese dejado a su primo en la miseria. Ella, una mujer de muy tierno corazón, desde un principio había tratado de evitar este mal, rogándole a su marido: –¡No lo hagas, Eduardo! Nosotros tenemos suficiente dinero para comprarnos otra viña. Mejor es que no vayas a Villanueva; solo nos traerá desdicha si expones a tu primo a la pobreza. Pero Eduardo meneaba la cabeza y se mantuvo firme en su rencor contra su primo. Así se produjo una completa separación entre las dos familias.

Víctor Falcón y Anita Brunel iban al mismo colegio. Era una delicada y tímida niña que no se juntaba fácilmente con otros chicos. No obstante, sentía una especial predilección por Víctor. Este era fuerte, honrado, sincero y muy querido por sus compañeros de escuela; probablemente esto era lo que a ella más le atraía. Él por su parte no correspondía a tal inclinación; al contrario, siempre se comportaba desagradablemente con ella o no la tomaba en cuenta para nada. Anita no se lo podía explicar, ya que no le había hecho ningún mal. No tenía la menor idea de la enemistad entre los padres. Cuando en casa hablaba de Víctor, su padre le decía: –Déjalo, de él no

puede venir nada bueno. Es igual que su padre. Si ella le preguntaba a su madre, esta le recomendaba: –Sé muy amable con Víctor; quizás puedas hacer que alguna vez todo se vuelva para bien. Lo que quiere decir tu papá no lo puedes entender y tampoco necesitas saberlo.

Así se hallaban las cosas ahora, cuando Víctor estaba sentado solo en su habitación. Había apoyado la cabeza entre las manos y miraba lóbregamente ante él. Podía ser muy duro, se exasperaba rápidamente y a menudo tenía que luchar contra el malhumor. Ahora también le costaba sobreponerse a su desilusión. –No quiero echarme siempre atrás –dijo duramente. ¡Oh, esos Brunel, ellos tienen la culpa de todo! Lleno de ira apretó los puños. Sin embargo, pronto reflexionó en algo mejor. ¿No le había enseñado su madre que todo viene de las manos de Dios? Sí, su madre, ¡qué buena era ella! Seguramente la había herido; tenía que arreglar esto. Con tal propósito bajó corriendo las escaleras, buscó a su madre, la abrazó y le dijo: –Mamita, no estés triste, seguramente que todo irá bien aun sin la excursión.

La madre no contestó nada. Tan solo apretó a su hijo contra su corazón y le acarició amorosamente la cabeza.

A pesar de todo, a la mañana siguiente Víctor se fue a la escuela con el corazón oprimido. Los niños tenían que traer la contestación de sus padres en cuanto a la excursión y Víctor debía renunciar a ella. Ya no le era fácil desistir de la excursión que tanto le había alegrado; y pensar que encima tuviera que explicar ante toda la clase por qué no podía ir, ¡esto le resulte muy penoso! Por suerte, el maestro no preguntó nada, pero, cuando sonó la campana para ir al recreo, toda la clase lo rodeó y lo asaltó con preguntas.

–¿Por qué no vienes con nosotros, Víctor? ¡Esto seguramente va a ser fantástico! Primero viajaremos con el coche de posta y luego caminaremos hasta el glaciar.

Uno de los muchachos mayores, hijo de un rico campesino, dijo algo burlón: –¿Quizá no tienes dinero? Podría pedirle a mi padre. Tal vez te dé algo.

Víctor lo miró con ira: –No necesito tu dinero –contestó brevemente– y, además, ¡déjame en paz, a mí no me interesa la excursión!

Que esto no era verdad, lo sabía la mayor parte de los alumnos, pero hablaron de otra cosa y se callaron en cuanto a la excursión; todos querían a Víctor y no deseaban ofenderle. Él le había dicho la verdad únicamente a su amigo Walter. Pero este tenía una pequeña hermana que iba a la

misma clase que Anita Brunel y, en el camino a casa, dándose importancia, la chiquita le contó a su amiga: –¿Sabes, Anita, por qué a Víctor Falcón no le dan permiso para la excursión? Porque su madre es muy pobre y no puede darle los seis francos para el viaje.

Esto tocó mucho el corazón de Anita. ¡Pobre Víctor! ¡Qué terrible es tener que renunciar a algo tan lindo! En casa, ella lo dijo en seguida a su madre y le rogó: –Mamita, por favor, da también seis francos para Víctor.

La madre estaba dispuesta a hacerlo, pero, vacilante, dijo: –¿Los querrá aceptar Víctor?

Anita la miró con grandes ojos: ¿Por qué no habría de aceptarlos? Esto no lo comprendía, ya que sabía que él tenía ganas de ir.

A la mañana siguiente, cuando Anita iba camino de la escuela, se paró en una esquina y esperó a Víctor. Se movía excitada de un lado a otro mientras pensaba: «Cómo se alegrará él. Desde ahora será más amable conmigo». En esto apareció Víctor subiendo la calle. Rápidamente ella se adelantó, diciendo alegremente: –Víctor, tú también puedes venir ahora a la excursión. Mira, te he traído los seis francos que te manda mamá. Pero Víctor la empujó a un lado y le dijo: –Guarda tu dinero, yo no quiero nada de lo que tu padre nos quitó.

Los ojos de Anita se llenaron de lágrimas y, desilusionada, se quedó mirando a su compañero, quien se alejó velozmente.

\* \* \*

Se acercaba el día fijado para la excursión. Los niños ya habían recibido de sus maestros el programa de la excursión; tanto en la escuela como en casa no hablaban de otra cosa que del proyectado paseo.

Solo Víctor no compartía la alegría de todos. No le demostraba nada de su pena a su madre; por lo menos, así lo creía él. Siempre se esforzaba en tener una cara alegre y nunca más habló de la excursión. Tampoco le mencionó a su madre el ofrecimiento de Anita, un poco porque tenía mala conciencia; en el fondo, Víctor tenía un buen corazón y le daba pena haberse comportado tan duramente al rechazar el dinero de Anita.

Pero la señora Falcón conocía bien a su Víctor. Sabía que él sufría y con gusto habría hecho lo posible para que su muchacho también pudiese ir. Reflexionó mucho, pero siempre llegaba a la misma conclusión: en su actual situación, sería una ligereza gastar tanto dinero en una excursión.

Un día, cuando estaba sentada cosiendo en la sala, golpearon a la puerta y a su «¡Adelante, por favor!» con la mayor sorpresa vio entrar a la señora Brunel. Hasta ese momento las dos mujeres se habían visto fugazmente; ya entonces, la amable manera de ser de la americana había causado una favorable impresión a la señora Falcón. Ahora estaban algo confusas, enfrentándose. La señora Brunel tomó la palabra y con acento americano comenzó a decir: –Seguramente usted se extrañará de que venga a verla. Hace mucho que lo hubiera hecho, pero no sabía... Y se detuvo.

–Me alegro mucho de su visita –dijo la señora Falcón. ¿Por qué habría de separarnos el dinero a nosotras también? Se ruborizó y agregó: –Es suficiente que haya separado a nuestros maridos.

La señora Brunel la miró agradecida. –¡Oh, querida señora Falcón! –dijo ella–, sus palabras me hacen mucho bien. Si usted no me guarda rencor, me quita una preocupación de encima y con el corazón aliviado me animo a expresarle el pedido que me trajo aquí.

–Se trata de nuestros hijos –prosiguió, vacilante. Anita no me deja en paz; le da tanta pena que Víctor no pueda tomar parte en la excursión... Ella me pidió que le diese seis francos para su hijo, pero él los rechazó.

–¿Anita quería darle dinero a Víctor? –preguntó la señora Falcón. ¡Yo no sabía nada de eso! No, no, por supuesto que no debía recibirlo; en eso él tuvo razón.

La visitante puso su mano sobre el brazo de la señora Falcón: –Por favor, escúcheme primero –le rogó. Le conté todo a Anita cuando vino tan triste de vuelta a casa y ahora la niña está extrañamente cambiada. Primero me miró asustada, luego comenzó a llorar amargamente y dijo: «Ahora sé por qué Víctor es así conmigo. Ahora yo tampoco quiero ir a la excursión». Traté por todos los medios posibles de tranquilizarla, pero de nada sirvió. Anita persiste en su decisión: si Víctor no va, ella tampoco. Nosotros la amamos mucho y mi marido está apegada a ella con toda su alma. Querida señora Falcón, ayúdeme para que este asunto tan desgraciado no se interponga entre él y la niña. Acepte de mi parte el dinero para la excursión, por favor, hágalo. Pues, mire usted, si Anita ve cumplido su deseo, se olvidará de este desgraciado asunto y todo podría salir bien.

La señora Falcón había escuchado en silencio y se halló ante un gran dilema. Le pareció muy humillante aceptar dinero de los Brunel. Ya estaba por rehusar, cuando la señora Brunel, quien la había observado con inquietud, le puso el dinero en la mano antes de que pudiera oponerse, la

abrazó rápidamente y le dijo: —¿No es cierto? Usted lo hará. Naturalmente, Víctor no debe saber que viene de mi parte. Se lo agradezco, usted es tan buena. ¡Qué feliz va a ser Anita! Y antes de que la señora Falcón pudiera reaccionar, la señora Brunel se había marchado.

Su primer pensamiento fue correr tras su visitante y devolverle el dinero, pero luego lo pensó mejor. Por cierto que era duro aceptar ayuda ajena. Sin embargo, fue ricamente recompensada al ver la radiante cara de su hijo, después de comunicarle que, pese a todo, él podría ir a la excursión. Cuando, temeroso, le preguntó si no sería un sacrificio demasiado grande, ella pudo tranquilizarlo.

No solo en la casa de los Falcón reinaba la alegría aquella noche; también Anita Brunel pudo abrazar a su madre, agradecida ante la noticia de que Víctor podría ir a la excursión, y exclamó feliz: —¡Oh, mamita, cuánto me alegro!

\* \* \*

Por fin llegó el gran día. Ya a las cuatro y media de la mañana los alumnos se reunieron en el patio de la escuela. Todos tenían una mochila sobre sus espaldas. Cada niño tenía que llevar puestos zapatos con suela claveteada; eso era reglamentario; de todos modos, la mayoría no usaba otra clase de calzado. Más o menos cincuenta niños tomaban parte en la excursión. Los maestros les dieron nuevamente algunas instrucciones importantes acerca de cómo debían comportarse y especialmente les previnieron que no debían apartarse del camino.

Poco antes de las cinco se marchó la alegre compañía. Atravesó el pueblo cantando. En todas partes estaban los padres ante las puertas de sus casas, saludaban y hacían señas, y les deseaban que disfrutaran y tuvieran un feliz regreso.

Debieron marchar un buen trecho para llegar a la estación y, después de viajar un rato en tren, llegaron a una parada donde ya estaba la posta compuesta por varios carruajes para llevar a los niños.

Con asombro observaron el gran coche principal, amarillo, con asientos para diez pasajeros. A él estaban enganchados tres caballos a la par, los que llevaban campanillas en sus arreos. Los maestros les explicaron a los niños que era necesario oír de lejos la llegada de la posta, sobre todo en las cerradas curvas de la ruta en las montañas, para poder evitarla a tiempo. El postillón tenía una vestimenta muy especial y una corneta con la cual tocaba una señal particular al partir.



Cada maestro reunió a sus alumnos y los hizo subir a sus respectivos coches. También aquí se entonaron alegres canciones y, llenos de expectación, los niños partieron por la empinada calle que conducía a la hermosa región de las montañas.

Innumerables arroyitos corrían por las empinadas laderas, a veces como espumantes saltos de agua. Después de dos horas llegaron a Le Sepey, donde fueron cambiados los caballos.

Desde Le Sepey la ruta seguía subiendo más aun y el paisaje se hacía más primitivo, solitario y agreste. A un lado de la ruta se abrían profundos barrancos y al otro se elevaban poderosas paredes de roca sobre las cuales apenas crecía algún pasto. Por fin llegaron a un pueblo que se extendía muy a lo largo; su primera parte se llamaba la Murée y la última los Diablerets, situada cerca del glaciar del mismo nombre.

Los niños bajaron en la Murée. Toda la compañía subió hasta el edificio de la escuela que se encontraba al lado de la iglesia y tenía un aspecto acogedor con sus muchos postigos verdes y su galería. El maestro del lugar, amigo de uno de los maestros de Villanueva, recibió a los niños muy cariñosamente. Ellos agradecieron con una canción y luego descansaron en el patio de la escuela, plantado con árboles. En la lejanía se veía brillar el glaciar de los Diablerets, rodeado de altas montañas. A cada rato los niños volvían a mirar hacia el poderoso gigante montañés. Casas de madera, adornadas con flores, se hallaban diseminadas en el largo y angosto valle, en medio del cual serpenteaba un arroyito. Casi eran las once y los escolares sentían hambre, ya que desde el desayuno tomado en sus casas solo habían comido un refrigerio que consistía en fruta y pan con manteca. Con grandes ojos observaban los preparativos que hacían el maestro de la aldea y su mujer, y todos se mostraron entusiasmados cuando finalmente pudieron sentarse a las largas mesas colocadas al aire libre. Después que estuvieron todos satisfechos, los maestros los llamaron para ponerse en camino, pues entretanto ya se habían hecho las doce y en el programa todavía estaba la ascensión a la Palette de Isenau.

Por fin, alrededor de las tres alcanzaron su meta. La subida había sido bastante dura para los más chicos; pero valientemente habían seguido. Además, los maestros habían encargado a los mayores que ayudaran a los más pequeños.

Desde ahí arriba se presentó ante sus ojos un maravilloso panorama. Todo alrededor se elevaban las montañas cubiertas de nieve; los montes Diablerets estaban directamente ante su vista. Era un cuadro sublime que no dejó de impactar ni siquiera a los menores. Ante la visión de este esplendoroso mundo montañoso todos los niños se reunieron alrededor de los maestros y canta-

ron juntos de todo corazón «Alaba al Señor». Luego se sentaron, estiraron las cansadas piernas y sacaron la merienda de sus mochilas. Pudieron descansar o jugar durante dos horas. A las cinco tenían que empezar el descenso.

El tiempo pasó demasiado rápidamente y pronto se dio la orden de partir. Al comienzo, todos los niños permanecieron juntos como se les había mandado. Pero poco a poco se formaron pequeños grupos, cada vez más distantes unos de otros. Por cierto, los maestros estaban continuamente preocupados por abarcar con la mirada a todos y exhortaban a los más rezagados a no quedar demasiado separados; pero, pese a todo, los niños se desbandaron cada vez más. De repente, un pequeño grupo de seis niños, entre ellos Anita y Víctor, se hallaron completamente separados de los demás. Ellos mismos no sabían cómo se habían quedado tan retrasados y perdido de vista a los demás. Al principio creyeron que los otros solo podían estar tras la próxima curva de la montaña y se dieron prisa; pero, cuando hubieron alcanzado la pared rocosa y la curva que le seguía, no vieron a nadie a la redonda, y tampoco recibieron contestación a su llamado.

—Tú tienes la culpa, Walter —dijo un muchacho de catorce años. Corriste tras el pichón de cuervo y por eso quedamos rezagados.

—¡Oh! ahora no sabemos cuál es el camino y nos hemos perdido —gritó la pequeña Betty y, atemorizada, se prendió fuertemente de la mano de su hermano Walter.

También Anita tenía una cara preocupada. —Y ahora ¿qué? —preguntó, llorosa. Aquí hay dos caminos, y no sabemos cuál es el correcto.

Además de Víctor, Walter y las dos niñas había también dos muchachos de catorce años en el grupo retrasado. El más grande, un fuerte muchacho de cachetes encendidos, dijo burlonamente: —¡Ustedes son unos conejos asustados y tontos! ¿Qué puede sucedernos aquí? ¡Corramos siempre descendiendo y llegaremos abajo!

—También pienso así —asintió su amigo—, solo tenemos que apresurarnos un poco si queremos alcanzar a los demás.

Esto los decidió a partir. Los muchachos grandes comenzaron a correr y les siguieron Víctor y Walter. Este tomó la mano de su hermanita, pues ahora se trataba de dar pasos largos. Nadie se ocupó de Anita. Ella se esforzó por seguirlos, pero el camino era escarpado y muy desperejo. A Anita comenzaron a dolerle los pies. La distancia respecto de los demás se hacía cada vez más

grande. Desesperada, llamó, pero nadie miró hacia atrás. Muy temerosa de quedarse sola, lloró silenciosamente. –Walter –llamó ella–, Betty, espérenme, ¡no puedo correr tan rápido! Pero nadie la oyó.

El corazón de Anita latía como para partirse y un inmenso temor se apoderó de ella. ¿Qué pasaría si no lograba alcanzar a los demás? Comenzó a correr tan rápido como podía, pero el sendero era tan escabroso y lleno de pedazos de roca que tenía que tener mucho cuidado para no resbalar y caer por la pendiente que estaba al borde del camino. De repente sus pies resbalaron y ella cayó por encima del pequeño reborde del sendero hacia la profundidad. Profirió un grito estridente, se oyó rodar algunas piedras y luego quedó todo en silencio.

–¿Dónde está Anita? –preguntó Betty. ¿No gritó alguien?

–¿Anita? Ella estaba recién detrás de nosotros –contestó Walter. No debemos seguir corriendo, tenemos que buscarla, tenemos que retroceder. ¡Vengan!

También los dos más grandes vacilaron un instante, pero insistieron en seguir. –Ahora no podemos quedarnos aquí a esperar y menos aun retroceder. Ella nos va a alcanzar, ¿dónde podría estar?

–Entonces sigan corriendo –decidió Walter. Yo me vuelvo y veré dónde está ella.

–Me quedo contigo –se ofreció Betty.

–No, corre tú con los otros y pronto estarás junto a tu maestro. De todos modos no me puedes ayudar si algo le ocurrió a Anita.

Pero Betty se prendió llorando a su hermano. –No, no, me quedo contigo –insistió obstinadamente.

Víctor se quedó un momento indeciso. ¿Qué debía hacer: seguir con los demás o quedarse con su amigo Walter? ¿Podía abandonar a Walter y Betty? Decidido, retrocedió también. Les rogó a Conrado y a Enrique que les dijeran a los maestros que los esperasen y luego corrió con Walter y Betty una parte del camino de vuelta. Juntos empezaron a llamar: –¡Anita! ¡Anita! ¿Dónde estás?

Betty no pudo callarse más y lloró, diciendo: –¡Oh, Walter! si ella ha caído al precipicio...

–¿No será mejor que corramos con los otros para buscar a Anita luego con un maestro? –dijo Walter y tomó a su hermanita de la mano para salir corriendo.

Víctor titubeó y luego dijo, decidido: –Corran nomás; yo me quedo aquí y la buscaré. Uno de nosotros tiene que buscarla inmediatamente; su vida puede depender de cada minuto que pasa. ¡Imagínense si se hubiese caído aquí! –y señaló el lugar donde verdaderamente se había accidentado Anita. Los otros lo miraron aterrorizados. –¿Quieres bajar allí? ¡No, no puedes hacerlo!

–Pero no se la puede dejar tan sola... quizá esté sangrando mucho...

–Tenemos que buscar ayuda. Tal vez haya una cabaña alpina por aquí cerca –propuso Walter.

Víctor reflexionó un momento más. Entonces pensó en su madre, quien a menudo le había dicho: «Ayuda a los demás cuando tengan dificultades y entonces Dios te ayudará a ti». No, sería cobarde dejar perecer a la niñita allá abajo. Pronto iba a ser de noche y no se la podría buscar más.

–Bajaré –dijo, firmemente decidido; Dios me protegerá. Ustedes corran tan rápido como puedan y traten de buscar ayuda. Con cuidado examinó el montón de piedras y comenzó a descender mientras Walter y Betty, presas de tremendo temor, salían corriendo para buscar ayuda.

Víctor tardó un largo rato hasta que por fin llegó junto a Anita. Unas cuantas veces por muy poco no cayó él también, pues las piedras eran muy quebradizas, se soltaban y se deshacían cuando él se apoyaba en ellas. Con espanto vio que la niña yacía en una muy angosta roca sobresaliente. Un solo movimiento de descuido y ella se precipitaría irremediabilmente a la terrible profundidad.

–¡Anita! ¡Anita! ¿Vives todavía? –preguntó, espantado.

La oyó gemir.

–Quédate muy quieta, ¡no te muevas! –le recomendó. Voy hacia ti.

Con la agilidad de un gamo bajó hasta ella y se arrodilló a su lado. Estaba muy pálida. Tenía los ojos cerrados y la sangre corría debajo de sus rubios cabellos. A Víctor casi se le paró el corazón de miedo. Tomó la mano de Anita.

–Anita, ¿te duele algo? –le preguntó.

La pequeña suspiró profundamente. –¡Ay, Víctor, yo... yo... ¡ay! mi mamita –susurró ella. Víctor sacó su pañuelo y trató de pararle la sangre con él. Entonces, con cuidado se sacó la chaqueta, la arrolló y la colocó bajo la cabeza de la accidentada. Eso fue muy difícil, pues el lugar era muy estrecho. Víctor pensó febrilmente qué más tenía que hacer. Era imposible dejar a Anita sola, tendida allí, pero ¿cómo podía llegar ayuda alguna? Ya se había puesto el sol.

Víctor juntó las manos y oró: –Amado Salvador, tú nos ves aquí. Por favor, ayúdanos. Amas a todos los niños y nos amas a nosotros, a Anita y a mí también. Distes tu propia vida por todos nosotros, para que fuésemos tus ovejitas. ¡Oh, por favor, ayúdanos!

Entonces dijo para consolarla: –No tengas miedo, Anita, yo me quedo contigo, y no estamos solos; el Señor Jesús está con nosotros. Seguramente que pronto vendrán unos hombres, nos buscarán y nos llevarán a salvo. Walter ya fue a buscarlos.

Anita suspiró profundamente. Apenas abrió los ojos y miró a Víctor con agradecimiento.

¡Verdaderamente no era una bagatela estar sentado así en ese lugar tan extremadamente angosto y permanecer esperando la tan ansiada ayuda!

–No te asustes, Anita, llamaré de vez en cuando muy fuerte para que nos encuentren más pronto –dijo él, y se puso a gritar: –¡Hola! ¡Hola! ¡Aquí estamos!

Como no se oía nada, Víctor también empezó a perder ánimo. Al no tener más su chaqueta y como el sol se había puesto, estaba tiritando mucho. Finalmente volvió a unir sus manos y rogó: –Oh, Señor Jesús, por favor, por favor, ayúdanos ahora. Ya está haciendo frío y hay mucha oscuridad también.

Pero, ¿no había algo por ahí? Víctor escuchó con gran atención. ¿No había oído que le llamaban por su nombre?

–¡Hola! ¡Hola! ¡Holaaa! –gritó él tan fuerte como pudo.

De repente apareció una figura cerca de él, en la pared escarpada, y en seguida un montañés estuvo a su lado atado a una fuerte soga.

–¡Anita, llegaron! Anita, mira: ¡aquí están para salvarnos! –gritó Víctor, aliviado.

Anita trató de enderezarse, pero cayó hacia atrás con un grito de dolor.

–Quédate quieta, Anita. ¡Quédate quieta, no te muevas! Todo está bien ahora. ¡Oh, mira: ahí viene otro! Y ya estaba un segundo montañés junto a los dos niños.

–¿Está muy herida la niña? –preguntó uno de ellos, preocupado.

–No sé –respondió Víctor–, sangra de la cabeza.

Los hombres no hablaron mucho. –Churi, toma al muchacho –ordenó el que había llegado primero–; yo cargo con la nena. Vayan adelante. Churi ajustó su soga alrededor del cuerpo de Víctor y entonces empezó la trabajosa escalada, mientras el otro se preocupaba por Anita. Ella tenía un brazo fracturado que colgaba inerte. Solo con gran esfuerzo y cuidado consiguieron los arriesgados montañeses subirlos hasta el camino que llevaba al valle. Cuando al fin lo consiguieron, la oscuridad de la noche caía sobre la montaña.

Anita tenía muy fuertes dolores. Los montañeses habían preparado una camilla, sobre la cual acostaron a la niña, pero a cada paso de los que la llevaban, Anita se quejaba, hasta que finalmente perdió el conocimiento.

Fue una triste caminata. Ya era de noche cuando alcanzaron la próxima cabaña alpina y apenas diez minutos más tarde también llegaron dos maestros. Estaban muy excitados y agradecían a Dios que la niña hubiese sido encontrada. Informaron que se había avisado a un médico y que este llegaría en menos de una hora.

Mientras tanto, Anita había sido colocada sobre una cama y con el mayor cuidado la desvistieron para que el médico pudiese revisarla en seguida. La pequeña accidentada se quejaba de dolor, de manera que Víctor, quien esperaba en el patio, no podía retener las lágrimas. Un muchacho del lugar le contó todo lo que había sucedido después que Walter y Betty habían seguido corriendo.

–¿Sabes?, era un camino absolutamente equivocado por el cual anduvieron ustedes –le dijo él. Dos muchachos grandes pasaron por nuestra cabaña y contaron que dos nenas y dos chicos habían quedado muy atrás y venían más despacio. Luego, de pronto vinieron corriendo un muchacho y una niña. La niña lloraba y el muchacho contó excitado lo que les había pasado a ustedes. Entonces los montañeses prepararon una camilla y la llevaron con todo lo que era necesario y salieron a buscarles. Pensaban que les iban a encontrar, pues conocían el lugar que el muchacho les había indicado; era justamente el más peligroso. Pero a mí me dijeron que debía ir con Walter y Betty lo más rápidamente posible para alcanzar a los otros alumnos y disponer inmediatamente que alguien fuese a buscar al médico y que trajera con él a un maestro. Salimos

corriendo lo más rápido que pudimos. Por fin encontramos a los otros alumnos. Estaban todos muy alborotados, pues ya habían notado la desaparición de ustedes y empezaron a buscarles por el otro camino. Cuando Walter lo hubo contado todo, se asustaron más todavía y ambos maestros vinieron apresuradamente conmigo; tres de los muchachos más grandes fueron en busca del médico. Este ha de llegar pronto.

Víctor solo había escuchado a medias, pues oía temeroso las quejas de dolor que provenían del interior de la cabaña y miraba en la oscuridad para ver si aparecía la luz de la linterna del médico.

Por fin percibió una luz en la lejanía. Se acercaba más y más y ahora podía distinguir dos personas. Era el médico con una enfermera a la que había traído para mayor seguridad. Él se puso en seguida a revisar a la enferma. Víctor esperaba mientras el corazón le latía con fuerza. Finalmente el médico dijo:

—El brazo está quebrado; todavía no puedo averiguar si hay heridas internas. De todos modos, la pequeña tiene una conmoción cerebral y por ahora no se la puede transportar. La voy a vendar y después veremos qué hacer. Luego dio algunas indicaciones a la enfermera.

Después de una espera llena de temor, la que a Víctor le pareció que duraba siglos, le llamaron adentro y, terminada la labor, el médico preguntó: —¿Dónde está el pequeño héroe que cuidó tan valientemente a nuestra paciente? Hasta ese momento los maestros habían observado la revisión del médico con indecible temor y solo entonces tuvieron para Víctor palabras del mayor reconocimiento. Cada uno le tendió la mano y alabaron su valor. —¡Eres un muchacho valiente! —le dijo también el médico. ¡Dios te bendiga! Y Víctor se sentía muy avergonzado ante tantas alabanzas.

Para la señora Brunel, llamada telegráficamente para que acudiera al lado de su hijita, siguieron días difíciles, llenos de preocupación y miedo. Después de una semana, Anita fue llevada al valle, pues el cuidado en la cabaña resultaba difícil y el médico había cedido a los ruegos de la madre. Entonces se produjo una tal recaída en el estado de Anita que se volvió a temer por su vida. Pero Dios tuvo piedad. Después de varios días de temor, por fin se pudo tener esperanzas; y Anita necesitó todavía tres semanas más para estar suficientemente repuesta como para volver a casa con sus padres.

Mientras tanto había gran excitación en Villanueva, pues todos los que habían oído hablar de lo ocurrido estaban profundamente impresionados por la salvación de Anita. Todos alabaron a Víctor y especialmente sus compañeros de escuela. Pero su mamá decía: –La honra no es para Víctor, sino para Dios, por cuya misericordiosa ayuda él pudo llevar a cabo su propósito. Luego agregó, dirigiéndose a su hijo: –Fuiste un muchacho valiente, es cierto, pero lo que hiciste era tu deber cristiano, ¿no es así? Bien lo sabes, Víctor, hijo mío.

Y Víctor sabía que su madre tenía razón. Al fin y al cabo, ¿no tenía él una parte de culpa en el accidente de Anita, al no preocuparse por ella cuando no podía seguirlos? Sí, ¿no había deseado a menudo tan solo desgracias para ella y sus padres? Con los demás, él temió por la vida de Anita y se propuso firmemente que de entonces en más no la trataría duramente. Tenía el sentimiento de que ella estaba puesta bajo su protección y cuidado. Siempre había sentido el deseo de tener a alguien a quien querer y proteger.

Cuando Anita volvió por fin, se la veía tan delicada y necesitada de ayuda que el corazón de Víctor latió con más ardor por ella.

Pero lo que todos habían creído imposible, sucedió: el duro corazón del señor Brunel se había vuelto sensible, de manera que fue a visitar a la señora Falcón y, con profundo arrepentimiento, le pidió que le perdonase lo que le había hecho a su primo. Y nadie se alegró más que Anita y su madre; esta siempre volvía a agradecer a Dios por haber escuchado sus ruegos.

Después de mucho resistirse, la señora Falcón aceptó también una parte de la herencia del señor Brunel, lo que evitó que ella y Víctor padecieran necesidades en el futuro. Una cariñosa amistad unió por muchos años a Víctor y Anita.



## Prisionero

Un magnífico saucedal se extendía a lo largo del río. En primavera y verano zumbaban en él las abejas y los abejorros. También a los niños que vivían en la ciudad les gustaba jugar allí. Cortaban varas y hacían silbatos y flautas. A nadie le molestaba el griterío de indios y vaqueros, y entre las matas había algunos lindos lugares para pescar.

Cierto día, Hugo y Enrique eligieron el mejor lugar: el sitio donde el arroyo del molino desembocaba en el río. Enrique sostenía la caña de pescar mientras Hugo a cada rato insistía en pedirle: –¡Déjame ahora a mí otra vez! Pero, fuese Enrique o Hugo quien tuviera la caña, desde hacía más de una hora no pescaban nada. Tan solo unos pequeños peces blancos yacían cerca de ellos junto a la orilla.

En eso vino un muchacho muy alto y pelirrojo. Silbaba y al compás de su silbido, mecía un canasto por el asa, por lo visto había ido de compras. Se detuvo detrás de los chicos y los observó durante un rato.

–Pero... –dijo de repente–, ¡así no pescarán nada! ¿Quieren que les enseñe cómo se hace? Denme la caña; podrán guardar los peces que yo pesque.

Al mirar la desagradable cara, Enrique vaciló en darle la caña. Pero el muchacho era fuerte, le arrancó la caña de su mano y le dijo: –Vamos, dámela, no te comportes así. ¡Te sacaré un buen pez! Rápidamente estiró la caña e hizo que los chicos le diesen un cebo, lo colocó en el anzuelo y lo lanzó en medio de la corriente. Intimidados, Enrique y Hugo miraban a ese extraño muchachote. Unas cuantas veces lanzó el sedal inútilmente, pero de repente el corcho se hundió y no volvió a subir.

–¡Tíralo hacia afuera, tíralo hacia afuera! –gritaron Enrique y Hugo, excitados.

–¡Cierren el pico! ¡Eso ya lo sé!

En seguida el pelirrojo tiró de la caña y, al notar que esta se doblaba bajo el peso del pez, tironeó del sedal para traerlo a la orilla. ¡Un magnífico pez que por lo menos pesaba un kilo! Triunfante, el muchacho lo sostenía en alto.

–¡Gracias, gracias! –gritó Enrique, contento con la pesca. Pronto, ponlo allí, en el balde.

Pero el muchachón sonrió burlescamente, echó el pescado en su canasto y se dio vuelta para irse. Enrique lo tomó de la manga con fuerza y gritó:

–El pescado me pertenece. Me prometiste que yo tendría el pescado que sacarás. ¡Al fin y al cabo la caña de pescar es mía!

–Debes de estar medio loco –repuso el muchacho–, no creerás que habrías sido capaz de arriarlo a la orilla sin mí. Mira qué pobre cosa has pescado. Con desprecio escupió hacia los pequeños pescados que yacían muertos en el pasto.

–Eres un malvado. ¡Faltaste a tu palabra!

–Vamos, pequeño, no seas tan atrevido. ¡Cambié de parecer!

Enrique se colgó del canasto con todo su peso, de manera que escapó de la mano del muchacho. Pero Enrique perdió el equilibrio, cayó de espaldas, el canasto salió disparado describiendo una parábola en el aire y cayó también en el pasto, por lo que el pescado casi volvió al agua.

Entonces Enrique recibió tan fuertes trompadas en la cara que gritó de dolor. Vio todo negro ante sus ojos. Al volver en sí vio cómo el grandote con canasto y pescado cruzaba corriendo el puente del arroyo mientras Hugo le tiraba piedras, las que, sin embargo, no le alcanzaron. El muchacho se dio vuelta, amenazó con sus puños y siguió corriendo.

–¡Bribón! ¡Pelirrojo ladrón! ¡Cuídate, alguna vez te agarraré! –le gritó Enrique, fuera de sí de rabia y dolor.

–Seguro que este era uno de los rufianes del murallón –dijo Hugo. A ese me gustaría romperle los huesos. Enrique tenía igual deseo, pero ¿de qué servía ahora? Tenían que volver a casa sin el pescado.

\* \* \*

Oldesburgo, la ciudad en que vivían Hugo y Enrique, había sido antes una fortaleza. Pero desde hacía mucho tiempo las fortificaciones habían sido arrasadas, de manera que poco era lo que había quedado de las antiguas construcciones. Solo al sur de la ciudad permanecía en pie una parte de la gigantesca y antigua muralla del fuerte. Delante de ella se extendía el ancho foso, ahora cubierto de sauces y malezas, y solo uno que otro charco de agua revelaba para qué había servido en otros tiempos.

En junio, no mucho después del asunto del pescado, Enrique y Hugo fueron a uno de los charcos del antiguo foso de la ciudad en busca de salamandras. ¡Sabían bien que allí debía de haber algunas! Las redes que tenían los muchachos para pescarlas eran simplemente pedazos de la vieja

cortina de su madre, sacados del cajón de costura y colocados entre las finas ramas de sauce que formaban una horquilla, con la cual buscaban con entusiasmo en el charco de agua. Para que no hubiese peleas por el derecho de pesca, habían dividido la orilla del charco en varias costas y las habían marcado. Enrique solo podía pescar en la zona de la Costa de Oro y en la de Pimienta, y Hugo solo en la Costa de los Esclavos y en la de Marfil. Justamente estaban estudiando este tema en las lecciones de Geografía. La Costa de Oro, fiel a su nombre prometedor, era especialmente rica, y con envidia Hugo veía llenarse la lata de conserva de su amigo, la cual ya pululaba de machitos multicolores, con colas puntiagudas y de hembritas más sencillas, pertenecientes a la clase de la pequeña salamandra de laguna, mientras que su lata estaba casi vacía. Por eso se alegró mucho cuando pescó una salamandra casi el doble de grande que las otras. El lomo era castaño oscuro con negras manchas redondas y puntitos blancos, y la panza era de un subido tono amarillo. Además, llevaba sobre su lomo como un hermoso peine puntiagudo. Enrique vino corriendo y admiró la presa. Cuidadosamente Hugo empujó la salamandra adentro de su lata. No se animaba a tocar al animal. ¿Sería venenoso? Los chicos pensaban que este era por lo menos el bisabuelo de los otros.

Al anoecer finalmente emprendieron el regreso a casa con sus latas y pasaron por un fortín algo más alejado de la antigua fortaleza. Entre los frondosos sauces ya se extendían las largas sombras del crepúsculo, pues las altas murallas impedían divisar el sol poniente. Únicamente los muros del fortín que se levantaban delante de ellos eran iluminados por la luz púrpura. Cuando los hubieron escalado, oyeron un angustioso pedido de socorro. Asustados, se detuvieron. ¿Qué era eso? ¿Quién llamaba? Otra vez oyeron: —¡Socorro! ¡Socorro! Nerviosos, se dirigieron hacia el lugar de donde provenía el llamado. De repente se hallaron ante una entrada que daba a un pasillo subterráneo, de los cuales había varios en la región de la fortaleza. El pasillo estaba cerrado por una fuerte reja de hierro. Detrás de la reja estaba un muchacho de pie, sacudiendo desesperadamente los barrotes de hierro y clamando en demanda de auxilio. El muchacho tenía el cabello rojo...

Los chicos de la ciudad, quienes se interesaban mucho por las construcciones subterráneas, siempre lograban penetrar en los pasajes y las galerías desde arriba, pues cada tanto los pasajes estaban destruidos por los derrumbes. Solo así se podía entrar si uno era hábil y tenía el valor necesario.

–¡Por fin! –clamó el prisionero, aliviado. Vayan en busca de gente que me pueda ayudar a salir. Allí, en el fondo, acaba de derrumbarse una enorme cantidad de piedras y ahora está bloqueada la puerta.

¡El ladrón de pescado, el grosero mentiroso estaba en apuros! Enrique y Hugo se alegraron. Lo tenía merecido. ¡Que se ocupara otro de ayudarlo a salir!

–No vamos a tentarnos de ayudarte –dijo Enrique. ¿Te acuerdas del asunto del pescado? ¿Crees que no te reconocemos?

Hugo se reía, al decir: –Asaltantes y ladrones tienen que estar tras las rejas. ¡Quédate nomás una noche ahí!

Mientras el muchacho gritaba y rogaba, los dos amigos salieron corriendo y riéndose.

\* \* \*

A la noche, cuando Enrique se había ido a la cama, le ocurrió algo inusual: no podía dormirse. Se revolvía, inquieto, a uno y otro lado, hasta que al fin empezó a sentir mucho calor. ¿Estaba enfermo? En realidad la cena le había gustado mucho. Pero entonces recordó algo... algo le vino a la mente... una parte de un versículo bíblico que había aprendido una vez en la escuela dominical. Continuamente resonaba en sus oídos: “Amad a vuestros enemigos”. –Tonterías –murmuró, fastidiado; pero la voz repetía: “Amad a vuestros enemigos”. Y, lo que era para no creer, también el reloj empezó la cantilena, pues su tic-tac parecía decir claramente: “A-mad-a-vues-tros-e-ne-mi-gos”. Era insoportable. El corazón de Enrique latía fuertemente, agitado, y, al escuchar este latido, también le pareció como si él entonase: “A-mad-a-vues-tros-e-ne-mi-gos”. ¡Era para volverse loco!

Entonces también recordó la parte anterior del versículo: “Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos”.

¿Quién era ese «yo»? ¡Oh! Enrique lo sabía muy bien. Era el Señor Jesús, el Salvador del mundo, el que por amor a Dios, su Padre, y a los hombres perdidos había venido a esta tierra. Había nacido en un establo de Belén, había crecido obediente a sus padres y, ya hombre, después de haber hecho muchos bienes, de haber ayudado y consolado a las gentes, había entregado su vida por los que no tenían derecho a ser buscados, encontrados y salvados. Era aquel que se había dejado clavar en la cruz, donde incluso había orado por sus enemigos.

“Amad a vuestros enemigos”. Enrique sabía muy bien que era el Señor Jesús quien hablaba con él.

Veía al alto muchacho pelirrojo ante sí, lleno de temor y asustado en su prisión subterránea. Sentía él mismo la fría humedad de las paredes rocosas, el desamparo sin esperanza del prisionero... mientras él estaba acostado en su cama blanda y calentita.

Se levantó apresuradamente y se vistió. Entonces oyó que sus padres subían la escalera; seguramente habían decidido ir a acostarse. Rápido como un rayo se fue de nuevo a la cama. Ya se abría silenciosamente la puerta. Probablemente su madre había oído algo y, según parecía, quería ver cómo estaba él. En la oscuridad se llegó hasta su cama, le tanteó y le pasó amorosamente la mano por la frente. –Dios te guarde, hijo mío– susurró ella y salió tan silenciosamente como había entrado.

Enrique esperó media hora más. Estaba tendido duro como un palo y no se animaba a moverse. Luego tomó sus zapatos en la mano y se escabulló escaleras abajo en silencio. Con cuidado abrió la puerta de la casa y se halló en el patio. Corrió hacia el fortín. Temeroso, siempre volvía a mirar a su alrededor y, cuando alguien vino hacia él, se metió de prisa en alguna entrada oscura.

En las cercanías de la muralla había algunas barracas en las cuales cierta vez se había albergado a soldados que estaban de paso. Ahora eran habitadas por algunas familias pobres. Una ventana estaba todavía iluminada, y Enrique oyó gente que hablaba. Tomó ánimo y golpeó a la puerta. Se acercaron pasos, se abrió la puerta y el luminoso resplandor de una lámpara cayó sobre la cara de Enrique, de manera que, encandilado, puso una mano sobre sus ojos.

–Holá pequeño, ¿por qué andas corriendo por aquí a estas horas de la noche? –le dijo una ruda voz. Un hombre grande y fuerte estaba ante él y lo observaba sorprendido y con desconfianza. Por encima de su hombro, una mujer miraba a Enrique con curiosidad.

–Yo querría... yo querría...

–Bueno, habla de una vez –dijo el hombre, impaciente. ¿Qué es lo que quieres?

–Querría... por favor ¡venga conmigo a la muralla!

–No estarás... ¿Qué tenemos que hacer en la muralla?

–Porque... allí está un muchacho en la galería y no puede salir.

–¡Ajá! ¡Allí está él, entonces! –dijo el hombre, y miró con aire de comprensión a su mujer. ¿Tiene pelo rojizo como yo?

–Sí, tiene el mismo pelo rojizo y enrulado.

La mujer se adelantó y parecía querer hacer otras preguntas, pero el hombre la empujó hacia atrás y quiso saber:

–¿Cuándo lo viste?

–Esta tarde.

–¿Qué? ¡Cómo te apuraste con tu noticia! Hemos estado sentados toda la noche, esperándolo. ¿No te da vergüenza, muchacho?

También, enojada, la mujer se dirigió a Enrique, lo insultó y quizás le habría pegado si el hombre no la hubiese empujado de nuevo y, agarrando el brazo de Enrique, le ordenó:

–Vienes conmigo y me indicas dónde está el pillo. ¡Vamos, marchando! Enérgicamente arrastró al chico, tomándolo del brazo.

–¿Por qué no viniste antes? –preguntó el hombre de nuevo. Enrique calló. Se avergonzaba mucho.

Algo más allá el hombre llamó a una casa en la que vivía un cerrajero amigo suyo, lo sacó de la cama y le explicó brevemente de qué se trataba. Luego, provistos de varias herramientas escalaron la muralla. Enrique no se animaba a escapar.

Era una noche clara y hermosa. Las estrellas centelleaban y se reflejaban en los charcos de las salamandras. Poco después, junto con los dos hombres, Enrique estaba ante el pasaje subterráneo. Desde dentro se oían lastimosos pedidos de auxilio.

–¡Deja de aullar! –le gritó el hombre.

–¡Oh, papá! ¿Tú? ¡Oh, por fin, por fin!

El hombre sacó fósforos del bolsillo de su pantalón, encendió uno tras otro e iluminó el pasaje. Enrique vio la cara del prisionero, desencajar por el miedo. Este lo miró con grandes ojos. Lo había reconocido. Entonces se apagó el fósforo y todo pareció más oscuro que antes.

Enrique aprovechó la ocasión. Silenciosamente desapareció por la esquina del muro y a grandes saltos se dirigió hacia la muralla principal. –¡Espera, espera! –oyó todavía que se lo llamaba; pero no se detuvo, sino que corrió más rápido aun a lo largo de las murallas. De repente pisó en el vacío y lanzó un fuerte grito. Después no supo más nada.

Los hombres lo encontraron sin sentido y sangrando al pie de la muralla del fuerte.

\* \* \*

–Enrique, hijo mío, ¿cómo te sientes?

–Mamá... ¿qué... qué pasó?

–Te caíste, Enrique, pero ahora estás en tu cama. Duerme, yo estoy contigo.

Cuando Enrique volvió a despertarse ya era pleno día. Por la ventana el sol brillaba alegremente sobre su cama. En una pequeña mesa ubicada delante de su cama se encontraba un nuevo y grande acuario en el cual nadaban y se movían alegremente las salamandras. También estaba allí la enorme salamandra que había cazado Hugo. Y este estaba sentado junto a la cama.

–¿Duele mucho? –quiso saber.

–¿Qué cosa? –preguntó Enrique, sorprendido.

–¡Tu cabeza y tu brazo! ¿Es que no sabes nada...? ¡Te caíste anoche...!

Entonces Enrique notó que su cabeza estaba toda vendada y que también su brazo izquierdo estaba cubierto con vendas.

–Fuiste tonto, Enrique –le dijo Hugo. ¡Habrías tenido que dejar a ese tipo en su agujero!

Enrique cerró los ojos. Un largo rato se quedó pensando. Entonces Hugo se dio cuenta de que había dicho una tontería. En seguida apretó la mano de su amigo y se despidió. Un poco más tarde, cuando la madre se sentó junto a la cama, Enrique le susurró:

–¡Mamá!

–¿Qué pasa, Enrique?

–Mamá, Hugo piensa que fui un tonto al ayudar al muchacho pelirrojo.

–No, eso no es cierto. Obraste correctamente. Con cariño le acaricié las mejillas. No quería inquietar a su hijo; de lo contrario habría agregado algo más.

\* \* \*

Unas semanas más tarde, cuando hacía rato que Enrique se había curado por completo, pasó por el prado de las murallas. Allí, en el sendero, vio al muchacho pelirrojo. Este tenía una larga vara de sauce en la mano, con la que descabezaba las flores. Asustado, Enrique quiso volverse. Pero el grandote ya lo había visto. Le gritó:

–Puedes pasar tranquilo, no te haré nada.

Enrique dudó un momento, luego fue hacia él y le dijo: –Me avergüenza haberte dejado tanto tiempo en el oscuro pasillo. ¡Lo siento, perdóname!

Entonces el grandote le volvió la espalda y golpeó las flores como si quisiese tirarlas todas al suelo. Enrique lo miró asustado. Le pareció que el grandote habría querido darse una paliza a sí mismo.



## El prado del bosque

Sonaron las doce menos cuarto en el viejo reloj de la torre de la iglesia de la aldea. Como electrizados, los muchachos y muchachas del cuarto grado dieron vuelta la cabeza hacia la ventana para convencerse de que las gastadas manecillas estaban indicando realmente las doce menos cuarto; este era, pues, el último cuarto de hora anterior a las vacaciones. Quedarse sentados tranquilamente les resultaba cada vez más difícil y las muchas piernas debajo de los bancos apenas si podían permanecer quietas; se arrastraban y pataleaban; habría habido un terrible barullo de no haber estado descalzas. El anciano maestro sonrió y cerró su libro. En ese corto tiempo antes de las vacaciones ya no se habría podido hacer entrar más sabiduría en la pequeña compañía sedienta de libertad. Se levantó de su silla y se acercó a los niños, miró cariñosamente a un chico pelirrojo y le preguntó:

—Francisco, ¿tienes algún plan especial para las vacaciones?

—Nosotros queremos arreglar nuestro jardín y construir una glorieta de pino; allí crecerán enredaderas —informó Francisco.

—Eso me gusta —dijo el maestro—, ese es un verdadero trabajo de vacaciones. Y esta vez no van a tener deberes para la escuela. Y ahora, tú Enrique y tú, María, y todos ustedes, ¿qué piensan hacer en los días libres?

Entonces los niños contaron cuáles eran sus proyectos. Muchos querían ir a juntar bayas o ayudar en el campo y en la cosecha, pues eran niños de la aldea. Algunos querían ir a la propiedad del conde para cuidar los gansos y las ovejas; éstos eran los más pobres, quienes se habían propuesto ganar algo. El maestro habló con cada uno y participó de los muchos planes. Su clase había ganado su corazón; conocía a todos los niños desde pequeños.

—¿Y tú, Guillermo? —dijo a su mejor alumno, un muchacho de ojos claros, de nueve años, quien se diferenciaba de los otros por usar un traje de paño verde oscuro. Seguro que tus padres te habrán preparado algo muy especial por tus buenas calificaciones...

El niño asintió, contento. —Sí, me permiten ir a Berlín, a casa de mi tío.

¡A Berlín! ¡A la poderosa gran ciudad! Los ojos azules brillaban ante esa perspectiva.

—Alégrate —dijo el maestro. Seguramente eso será hermoso. A mí también me gustaría viajar contigo y observar todo allí durante unos días. Bueno, nosotros todos nos alegramos, pues cuando vuelvas podrás contarnos muchas cosas. Sí, estás irradiando alegría; por cierto eso es algo muy

especial. Pero también pienso que en esa gran ciudad de millones de habitantes hay muchos miles que darían gracias a Dios si les fuese permitido vivir algunas semanas en nuestra pacífica y pequeña aldea. Así es de diverso todo en este mundo. ¿Qué piensan ustedes que hacen los habitantes de las grandes ciudades en sus vacaciones? No pueden construir una glorieta ni ayudar en la cosecha.

–Viven durante el verano en alguna hostería... –dijo, alegre, el hijo del hostelero.

–Y ello le trae dinero al hostelero, ¿no es así, Gustavo? –dijo, sonriendo, el maestro. Pero son muy pocos los de las grandes ciudades que se lo pueden permitir. La mayoría no tiene el dinero necesario para hacerlo. Allí hay muchos niños pálidos; día tras día viven en casas interiores, oscuras y, por lo general, su lugar para jugar es un patio angosto y sombrío. A estos niños les falta lo más necesario, lo que tienen aun los más pobres de nosotros: aire puro y sol...

Así el último cuarto de hora pasó rápidamente. El reloj dio las doce, el maestro oró con los niños, le dio la mano a cada uno y en un instante el aula quedó vacía.

Guillermo, el hijo del guardabosques, tenía el camino más largo para llegar a su casa, pues era el único que no vivía en la aldea, sino a media hora de distancia, junto al alto bosque de pinos, en una hermosa casa con un tilo cerca de la puerta de entrada.

Cuando tomó la curva del camino que iba al bosque, desde lejos vinieron corriendo hacia él dos hermosos perros de caza de color castaño. Saltaron ladrando sobre el muchacho. Él acarició cariñosamente sus inteligentes cabezas de pelaje corto. –Tarsán, Bella, ¡no sean tan salvajes! Esta tarde tendré tiempo para ustedes, pues no hay clase –les prometió Guillermo, y corrió una carrera con ellos hasta la casa. Su madre ya estaba en la puerta, esperándole. Él no tenía hermanos, por eso casi siempre estaba solo para jugar; pocas veces los muchachos de la aldea venían a visitarle, porque estaba bastante alejado. Por eso más que nada sus compañeros de juego eran los dos perros y un ciervo domesticado que el padre había traído herido a casa cuando el animal era todavía muy joven. Guillermo también tenía bonitos conejos de pelaje blanco y gris azulado y otros más grandes de color pardo que dejaban colgar sus orejas y parecían liebres. Así el tiempo no se le hacía tan largo pese a la soledad.

Al llegar, Guillermo saludó a su madre: –¡Estoy hambriento como un oso! ¿Qué hay de comer?

Su padre ya estaba sentado a la gran mesa de roble.

–Holá muchacho, ¿estás de vacaciones? –preguntó él.

–Sí, papá, y no tengo ningún deber para la escuela –dijo Guillermo, radiante, y se sentó a la mesa. Después de la oración dicha en alta voz y una vez aplacada el hambre, él comenzó a hablar de la última hora de clase y de lo que el maestro había dicho acerca de algunos niños de las grandes ciudades, quienes apenas podían ver algo de verdor, que vivían en casas oscuras y tenían aspecto pálido y enfermizo.

–Sí, es verdad –dijo la madre–, no sabemos apreciar qué bien estamos.

–Mamá, cuando encuentre en Berlín algún chico que nunca haya estado en el bosque y no haya recogido bayas y flores, ¿me permites invitarlo a pasar un par de semanas con nosotros aquí? Hemos aprendido la semana pasada este versículo: “Al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado”.

–Por cierto que te lo permito. Pero, ¿será posible? Seguro que los niños de Berlín tienen épocas de vacaciones distintas de las nuestras aquí, donde debemos atenernos al tiempo de la cosecha.

Después de comer, el padre se levantó apresurado. –Tengo que irme; los leñadores me están esperando. ¿Estás contento por el viaje en tren que harás mañana, Guillermo?

–No sé si está bien que dejemos viajar solo al chico –dijo la madre, preocupada.

–¡Oh! pero Guillermo ya no es más un niño y se alegra de poder viajar solo. Poco a poco debe aprender a orientarse; además, tiene una boca para preguntar si no sabe cómo seguir, ¿no es así, Guillermo? Te bajas en Berlín, en la estación «Calle Federico» y el tío Ricardo te espera allí. Eso ya lo hemos arreglado exactamente.

–No tengo miedo –aseguró Guillermo–, y si alguna vez no consigo orientarme pregunto a un revisor.

–Así es correcto –aprobó el guardabosques.

La madre quitó las cosas de la mesa con la ayuda de Guillermo. Seguidamente ambos subieron al pequeño dormitorio del chico para preparar su valija. Su madre ya lo había ordenado todo. Guillermo le alcanzaba la ropa y ella la ponía en la valija. Mientras tanto, ella le recomendó cómo debía comportarse en casa de sus tíos. –Ante todo, cuídate siempre cuando caminas por las calles de mucho tránsito. No es como aquí, en el campo. ¡Oh! ella se preocupaba mucho por su hijo, quien por primera vez se separaba de ella por un tiempo tan largo. Guillermo asentía a todo lo

que le decía su madre, al tiempo que colocaba en la valija unas cuantas cosas que deseaba llevar consigo a Berlín. Cuando se fue a la cama esa noche, tardó mucho en dormirse. Mañana, mañana temprano... ¡por fin partiría!

Llegó la hora de la despedida. Guillermo abrazó a su madre, dijo adiós al anciano leñador, a sus animales –ciervo, perros y conejos– y alegremente subió al pequeño coche de dos asientos que lo llevaría a la estación. Su padre lo sentó junto a él en el asiento del cochero y, como lo había hecho antes la madre, exhortó a su hijo a comportarse bien y a escribir pronto una tarjeta postal. –Te extrañaremos mucho –agregó el padre.

En el andén casi no tuvieron que esperar. Ya llegaba el tren. Guillermo tomó su valija y el billete, se despidió rápidamente de su padre y en seguida salió el tren. Primero tuvo que disimular unas lágrimas al ver cómo se achicaba cada vez más su padre, quien lo saludaba con la mano, y cómo de repente solo había gente desconocida a su alrededor; pero pronto se puso a mirar por la ventanilla el rápido paso de bosques, campos, pueblos y ciudades. ¡Al final era hermoso viajar!

\* \* \*

–¡Berlín! –anunció en el pasillo el revisor después de varias horas de viaje y abrió las puertas del vagón. Rápidamente Guillermo tomó la valija y saltó al andén. El tren siguió su viaje.

Eran las nueve de la noche. Guillermo miró alrededor en busca del tío Ricardo, pero no lo vio por ninguna parte. Tímidamente preguntó a un señor desconocido si esa era la estación «Calle Federico», de Berlín. –¡No, jovencito! –fue la respuesta–, deberías haber seguido hasta la próxima estación. En Berlín estás, pero no en la estación correcta. Vé y toma allí enfrente el tranvía, así llegarás más rápido allá.

Por el susto que se llevó, Guillermo se olvidó de agradecer la información. Se había equivocado al bajar por no haberse asegurado antes si esa era la estación correcta. ¿Qué hacer ahora? Viajar a la estación «Calle Federico» no tenía sentido; el tío Ricardo ya se habría vuelto a casa al ver que Guillermo no había llegado en el tren indicado. Por lo tanto, tenía que buscar él mismo la casa del tío y preguntar continuamente. Con decisión bajó las anchas escaleras de la estación, encontró la salida y llegó a una gran plaza donde había numerosos carruajes y varios tranvías. Un buen rato el muchacho se quedó parado y maravillado; ni se había imaginado un tránsito tan animado. Entonces prosiguió su camino. Ya oscurecía y por todas partes se encendían las luces. Guillermo se sentía completamente abandonado. No se animaba a preguntar a la gente que pasaba.

—¿Quiere comprar fósforos, joven señor? —oyó que le decía una voz infantil. Una niña estaba de pie ante él. —La cajita solo vale diez peniques; ¡cómpreme! —rogó ella de nuevo y le alcanzó una cajita.

Guillermo se detuvo y respondió: —Te compraré tres cajitas y te regalaré diez peniques más si me llevas a la calle Blucher; soy un extraño aquí en Berlín.

—Me quedan todavía cinco cajitas y primero debo venderlas todas; de otra manera no puedo volver a casa. Si no las vendo todas, me pegan.

Guillermo reflexionó. —¿Encontrarás la calle Blucher? —preguntó.

—¿Esa? ¿Cómo no encontrarla? Si allí vivo yo también, abajo, en el sótano de los Ebert. Espérese un poco hasta que haya vendido las cajitas, entonces voy a casa y le llevo a usted por diez peniques extras.

—Dame el resto —dijo Guillermo, decidido. Te las compro todas. Ven nomás, el dinero te lo daré apenas lleguemos. Sesenta peniques, pues.

La pequeña asintió conforme. —La valija la llevo yo, joven señor.

—¿Mi valija? ¿Por qué? ¡Soy más grande y fuerte que tú! Pero por eso no necesitas decirme «usted», pues no soy ningún señor, yo soy Guillermo; mi padre es guardabosques. ¿Cómo te llamas tú?

—Lore —contestó la pequeña, caminando de prisa al lado de Guillermo. Lo llevó por varias calles y plazas, más lejos, siempre más lejos y el muchacho estaba preocupado, preguntándose si Lore no estaba perdida. Por fin ella se detuvo y, señalando hacia adelante, dijo: —Esta es la calle Blucher. ¿Qué número buscas?

Guillermo indicó el número de la casa del tío Ricardo.

—Eso queda algo más allá. De todas maneras, voy contigo hasta allí. Vivo también allí atrás —explicó Lore.

Unos minutos más tarde se hallaron ante la puerta de la casa del tío Ricardo. Enfrente, en diagonal, vivía Lore. Ella señaló las dos ventanas del sótano y dijo: —Allí vivo yo.

—¿Tus padres te dejan salir hasta estas horas de la noche? —preguntó el chico.

–Yo no tengo padres –contestó Lore–, y a Medina le da igual a qué hora llego; tan solo debo vender mis cajitas de fósforos.

–¿Quién es Medina? –quiso saber Guillermo.

–Bueno, es el hombre con quien vivo. Desde que murió mamá estoy allí para poder comer y tener un techo. Pero cuando vivía mamá, todo era mucho más lindo –agregó tristemente.

Guillermo sacó su monedero. Pero solo había dos monedas de diez peniques y un billete de diez marcos. Lore no podía darle cambio. ¿Qué hacer?

–Te daré las otras cuatro monedas mañana, pues ya sé dónde vives –propuso Guillermo.

–¡Oh, eso no puede ser! Medina no lo creerá y me pegará.

–Lo siento, Lore, pero no puedo hacer nada. Toma por ahora las dos monedas. Te llevaré el resto mañana temprano. Vivo con el doctor Martín.

Lore titubeó todavía un momento y luego dijo en voz baja: –Buenas noches –y cruzó la calle corriendo. Guillermo la siguió con la mirada. De repente sintió una mano sobre su hombro. Asustado, miró hacia atrás. ¡Tío Ricardo!

–¿Verdaderamente eres tú, muchacho? ¿De dónde vienes? Casi me gasté los ojos buscándote. Estaba por telegrafiar a tus padres. ¡Qué bien supiste arreglártelas solo para llegar aquí! Ahora rápido arriba, la tía Lotte ya espera ansiosa. ¿Cómo están tu padre y tu madre?

Guillermo relató cómo le había ido, feliz de haber encontrado la casa. Tía Lotte se alegró mucho por su visita, pues ellos no tenían hijos. Ella le ofreció una buena cena y prometió: –Si lo deseas, mañana a la mañana haremos una excursión al zoológico. ¡Allí te vas a sorprender!

Pese a su cansancio, el hijo del guardabosques tuvo alguna dificultad para dormirse. Hasta entonces solo había escuchado el crujir de los pinos y de las hayas, y ahora el intenso tránsito callejero, los bocinazos de los taxímetros y el traqueteo de los tranvías no lo dejaron dormir hasta poco antes de la medianoche. Y una vez le pareció oír hablar a una niñita de ojos tristes que le rogaba: –¡Cómprame una caja de fósforos, joven señor!

Por eso Guillermo durmió hasta muy avanzada la mañana. Cuando por fin se despertó, se levantó apresuradamente de la cama y corrió hacia la ventana: ¡Berlín! ¡Estaba en Berlín!

Para el desayuno, en vez de leche y pan negro hubo panecillos de manteca y café. Luego se ofreció para hacer las compras a su tía, quien se alegró de que Guillermo fuese tan emprendedor y lo envió con una lista de compras.

A la tarde fueron al zoológico. Fue una gran aventura para el chico, quien se interesaba mucho por los animales. ¡Cómo se alegró al ver el enorme elefante gris, los majestuosos leones, los graciosos monos y los muchos pájaros extraños. También encontró buenos conocidos allí: el ciervo, el venado, las liebres y el zorro. Se admiraba y lo preguntaba todo. La primera tarde pasó volando.

Cuando Guillermo y la tía Lotte estuvieron otra vez en casa, al chico le pesó en la conciencia haberse olvidado tan rápidamente de llevarle las cuatro monedas a la pequeña Lore; las cinco cajas de fósforos que estaban sobre la mesa de su habitación se lo recordaron. Rápidamente corrió escaleras abajo. En una panadería compró una rosquilla grande para Lore. Pronto encontró la vivienda en el sótano y bajó por la escalera. Cuando abrió la puerta se halló en un negocio oscuro y pequeño. Sobre un mostrador había una balanza y las pesas y al lado del mostrador pequeños barriles y cajones. Un desagradable olor despedían hortalizas podridas amontonadas en un rincón. Guillermo miró a su alrededor sin saber qué hacer, pues nadie parecía estar allí. ¡Pero, sí! Allí había alguien tendido sobre unos cuantos trapos. ¡Lore! Ella frotó sus ojos adormecidos y miró al muchacho, extrañada.

—¿Eres tú...?

—Te traigo las cuatro monedas —contestó Guillermo y contó las monedas en la mano de Lore. Ella se alegró verdaderamente por ello, puso tres monedas sobre el mostrador y envolvió la cuarta en un papel. —Así —dijo ella, satisfecha—, esta me pertenece; me la regalaste tú.

—¿Qué harás con ella? —preguntó Guillermo.

—Con ella me compraré un panecillo de leche, esta noche cuando vaya otra vez a vender fósforos.

—¿Qué te hiciste allí? —quiso saber el chico y señaló un par de manchas de color cárdeno sobre el brazo de Lore.

—Golpes que recibí. De pronto los ojos de Lore se llenaron de lágrimas.

—¿Quién te los dio? —preguntó Guillermo, indignado.

–¡Medina!... porque anoche no traje los tres marcos por las treinta cajas. Lore miró su brazo, perpleja. Faltaban las tres monedas tuyas.

–Pero, ¿no le dijiste que yo te las traería hoy?

–¿Pensaste que él me iba a creer?

–Lore, lo siento, lo siento mucho; mira, aquí tengo algo para ti –y le alcanzó la gran rosquilla.

Los ojos de Lore brillaron de nuevo. Feliz, mordió la rosquilla. –¡Oh! esta tiene un gusto de primera. ¿La puedo comer sola...?

Guillermo asintió. Entonces quiso saber cómo ella había llegado a lo de Medina y cuánto tiempo hacía que no tenía padres.

Lore comió primero la rosquilla, se lamió todos los dedos y luego empezó a contarle:

–A mi padre no lo conocí; hace ya mucho que murió. Mamá era costurera y vivía conmigo en un altillo. Allá arriba solo había una pequeña ventana transversal; pero igual estábamos mejor allí que en este oscuro sótano. Por lo menos podíamos ver el cielo. Pero mamá no pudo soportar estar sentada encorvada ni tampoco subir las escaleras. Entonces Medina vino y le preguntó si no queríamos atenderle el negocio y prepararle la comida; hacía poco que su mujer había muerto. Así que nos mudamos aquí. Al principio era bastante lindo; mamá mantenía limpio el negocio y a menudo venían clientes y compraban papas, repollo, betún para zapatos, jabón... Pero entonces mamá se enfermó y falleció. Medina ya casi no se preocupa por el negocio y la mayoría de las veces se va y bebe cerveza y aguardiente. Ahora apenas si viene alguien para comprar algo aquí y por eso él no tiene dinero. Tengo, pues, que ir yo por las calles a vender fósforos y, cuando vuelvo sin haber vendido todo, me regaña, me maldice y me pega. ¡Si mamá supiese esto! Otra vez sus grandes ojos estaban llenos de lágrimas.

–No llores, Lore –trataba de consolarla Guillermo. Mientras yo esté en Berlín te traeré a menudo algo de comer para que vuelvas a estar satisfecha.

–Viene Medina –dijo ella, asustada, y ordenó algunas cosas sobre un estante bajo.

Un hombre grande y fuerte venía bajando la escalera ruidosamente.

–¿Quién es este...? ¿qué quiere aquí? –preguntó a Lore con voz mandona, y señaló a Guillermo.

–Él trajo el dinero por los fósforos de anoche –explicó ella.



—Con esto vé a buscar un arenque y un pedazo de pan —ordenó el hombre—; pero rápido, porque tengo hambre.

Lore tomó el dinero del mostrador y subió corriendo las escaleras. Guillermo corrió rápidamente tras ella; le tenía miedo a ese hombre grande y tan desagradable. Arriba Lore se detuvo, le dio la mano a Guillermo y le dijo: —Gracias, muchas gracias... hacía mucho que nadie era tan bueno conmigo como tú.

Pasaron días sin que Guillermo viese u oyese algo de su pequeña amiga. Su tío y su tía le mostraron muchas de las cosas dignas de verse en la gran ciudad; fueron días inolvidables. Así fue cómo se olvidó de Lore. Una vez quiso ir a visitarla para llevarle una tableta de chocolate que le había regalado la tía Lotte, pero cuando estuvo delante de la puerta de Medina y lo oyó alborotar y retar, no se decidió a entrar. Desde entonces no trató de volver a ver a Lore.

Un día, Guillermo tuvo que comprar betún para los zapatos del tío Ricardo. En seguida se acordó del negocio de Medina; allí había visto betún para zapatos en los estantes. Fue corriendo hasta allí. En el camino compró de nuevo una gran rosquilla y luego fue a ver a Lore. Encontró a la pequeña sola en el negocio. Tenía los ojos llorosos y estaba muy triste. Él le preguntó qué había pasado y ella le contó su pena. Había venido una visitadora social y había querido llevarla a un hogar de vacaciones para niños.

—¿Sabes? —le dijo Lore—, ese es un lugar muy lindo. Clara, la hija de los Ebert, que viven al lado, estuvo una vez. Se viaja en tranvía hasta el campo, cerca de una verdadera aldea, donde hay prados y se puede jugar al aire libre y juntar flores; a uno le dan de comer y puede satisfacer su hambre. Hasta hay jamón y buena manteca sobre el pan, me contó Clara. ¿Ves?, allí podría haber ido y me alegré enormemente cuando la visitadora le expuso eso a Medina. Pero este empezó a reñar. Dijo que me necesitaba mucho y, además, que yo estaba muy sana y no me faltaba nada. Debían llevarse a otros niños que estuviesen verdaderamente enfermos.

Guillermo pensó en lo que el último día de clase había dicho el maestro acerca de los niños pobres y pálidos de la gran ciudad. Lore era uno de estos niños.

—¿Has visto un prado alguna vez, Lore? —le preguntó.

La pequeña asintió enseguida: –¡Sí, un prado junto al bosque! –y corrió, afanosa, hacia un cajón de madera y extrajo una hoja de papel que extendió con cuidado. Era un cuadro multicolor de una revista ilustrada y había venido una vez al negocio con el papel para envolver. Allí se veía una ilustración de un prado verde rodeado de pinos. En el primer plano jugaban unos niños que tenían flores en las manos. Debajo decía: El prado junto al bosque.

–¡Qué lindo es esto! –dijo Lore y acarició cariñosamente el cuadro. Muchas veces lo miro cuando estoy sola y entonces me imagino que también estoy allí y juego con esos niños.

–¿Nunca has visto un verdadero prado con pinos y flores, con ciervos y liebres?

Lore meneó la cabeza. –¿Dónde? En Berlín no hay algo así. Quizás en el jardín zoológico, pero allí nunca puedo ir.

–¿Sabes qué, Lore? Voy a escribir a mi mamá hoy mismo una carta para consultarle si puedo llevarte conmigo. Seguro que mamá lo permitirá. Muy cerca de nuestra casa hay un lindo prado junto al bosque, igual, con pinos alrededor y allí crecen una enorme cantidad de campánulas y muchos miles de otras flores de todos los colores; puedes juntar hermosos ramos. Nosotros mismos tenemos un ciervo y también conejos; todos los días jugamos con ellos. ¿Qué tal, Lore, vendrías conmigo? ¿Le escribo a mi mamá?

Lleno de esperanza miró a la niña... ¡cómo se alegraría ella! Pero Lore meneó la cabeza. –Eres bueno, Guillermo, ¡tan bueno! Pero no escribas, Medina no me dejará ir así nomás; tengo que atenderle el negocio y a la noche vender las cajas de fósforos, si no él no tiene nada de dinero. Tampoco me dejó ir con la visitadora.

Guillermo estaba desilusionado a causa de que su proposición no pudiera concretarse. Por lo visto no había nada que hacer. Entregó la rosquilla a la niña, compró la lata de betún y se despidió. Pero Lore se quedó largo rato delante del cuadro del prado boscoso y se imaginó qué hermoso debía de ser ir al campo y ver los pinos, las flores, los animales. En eso vino Medina. Al oírlo bajar por la escalera, escondió rápidamente el cuadro debajo del cajón y comenzó a contar las treinta cajas de fósforos que debía vender esa noche.

Guillermo contó a su tía acerca de Lore y su miseria, pues le daba mucha lástima que no le permitieran ir a un hogar de vacaciones. Justamente la tía Lotte estaba tejiendo un saco para un niño pobre de su parentela. Ella ayudaba como podía. Pero, en cuanto a la inquietud de Guillermo,

no sabía qué aconsejar. –¿Tú te refieres a la pequeña de la verdulería de Medina? ¿Qué puede hacerse? En Berlín hay miles de niños pobres y pálidos que son enviados a lugares de recuperación, pero si Medina no la deja ir, nadie puede cambiar eso; por desgracia, no se lo puede obligar.

–Pero justamente Lore necesita muy especialmente unas vacaciones –aseguró Guillermo.

–Voy a hablar de esto con tu tío Ricardo –dijo la tía, pensativa.

Lentamente las vacaciones de Guillermo llegaban a su fin. Él deseaba mucho ir una vez más al zoológico. El tío y la tía lo sabían y le dejaron libre para que aprovechara los últimos días de sus vacaciones según sus propios deseos. Cuando el tío Ricardo le preguntó si sabría arreglárselas solo en la gran ciudad, él lo afirmó con mucha seguridad. También la tía Lotte lo afirmó y dijo sonriente: –Déjalo ir nomás sin preocuparte. Ya me ha hecho todas las compras para la cocina; sabe rebuscárselas muy bien, como un verdadero berlinés. Tiene buena memoria para el nombre de las calles, de los lugares públicos y de los medios de transporte.

–¿Te gustaría también ir solo al zoológico? –le preguntó el tío Ricardo, y miró a Guillermo sonriente.

–Si me lo permites...

Se lo permitió. El día siguiente se puso en camino. Los tíos lo miraron irse. –Es un muchacho formidable –dijo el tío Ricardo. –Y muy bueno –agregó la tía Lotte.

Guillermo caminó rápidamente, pues sabía que tenía un largo camino por delante; pero podía viajar un buen trecho en tranvía. Cuando tenía que cruzar alguna calle, miraba bien a ambos lados; se fijaba atentamente en el tránsito. Pero también encontró tiempo para mirar lo expuesto en las vidrieras. De repente notó que el tránsito se hacía más intenso y que la mayoría de los transeúntes miraban hacia un determinado lugar. Escuchó música y vio venir una larga columna de soldados que marchaban con una banda de música a la cabeza. Guillermo se alegró mucho, pues nunca había visto algo así. Ahora tenía que prestar mucha atención para no equivocarse de camino.

En medio de ese ruido y tumulto no notó que hacía rato que una niña pobremente vestida se esforzaba por llegar hasta él. Justamente iba él a atravesar la calle, porque había menos gente en la acera de enfrente y más lugar para mirar, cuando sintió que alguien le retenía. Asustado, se dio vuelta y se soltó. Entonces una pequeña figura cayó al suelo y golpeó la cabeza contra el borde

de la acera. Con horror Guillermo vio que era Lore. ¡Qué bueno que ella lo hubiera retenido, pues de ambos lados se acercaban coches que tenían que desviarse para dar paso a los soldados y circulaban muy cerca de la acera! ¡Por un pelo Guillermo se había salvado de caer bajo las ruedas!

Perplejo, se arrodilló al lado de su pequeña amiga; con cuidado le dio vuelta la cabeza; ella tenía los ojos cerrados y sangraba por una gran herida en la frente. Un señor de edad lo vio, se acercó rápidamente, se dirigió al policía más próximo y este detuvo un coche, diciendo: –¡Al hospital! Levantó a la niña herida, la llevó al coche y este se puso en movimiento.

El zoológico quedó olvidado; completamente turbado, Guillermo volvió a casa. Sin aliento, gritó desde la puerta de entrada: –¡Tío Ricardo, tía Lotte! Lore está en el hospital por mi culpa. Luego, con gran excitación, contó lo sucedido.

–En el hospital Lore está en buenas manos –dijo el tío. Ahora tranquilízate; quizá esto parezca peor de lo que es en realidad. Iré esta tarde cuando termine mi trabajo y sabré cómo está Lore.

El mismo día, Guillermo escribió una larga carta a sus padres. Les relató detenidamente su experiencia de la mañana y todo lo que sabía de su pequeña amiga. Al final de su carta rogó a sus padres que le permitiesen llevar a Lore con él por algunas semanas, hasta que la herida estuviese completamente curada. «Lore nunca vio un bosque, ni prados, ni campos, ni flores. ¡Oh, por favor, permítanme llevarla conmigo! Tío Ricardo quiere hablar con Medina, con quien ella vive, para que esté de acuerdo...».

A la noche de ese mismo día, el tío Ricardo habló de su visita al hospital, diciendo: –La herida no es tan grave. Es cierto que Lore tiene un enorme vendaje en la cabeza, pero el médico piensa que después de unos días de descanso y una buena atención, ella estará bien. Pero la pequeña está delgada y anémica; debería ir urgentemente por un tiempo a respirar aire de campo y beber leche fresca.

–Hoy escribí a papá y mamá y les pregunté si podía llevar a Lore conmigo. Pero, ¿la dejará ir Medina? –preguntó Guillermo, y se dio cuenta de que no tenía que hacerse muchas ilusiones.

Cuatro días después llegó una carta con la contestación de la madre de Guillermo, diciendo que sin falta debía llevar a Lore. El dinero para el viaje venía adjunto.

La cara de Guillermo brillaba de alegría cuando hubo leído la carta y la entregaba a la tía Lotte. Le hubiese gustado lanzarse enseguida al hospital para comunicárselo a Lore, pero el tío Ricardo no se lo permitió. —No, no —dijo. Primero tenemos que hablar con los médicos y con el señor Medina, si no podríamos despertar en ella falsas esperanzas que quizá no se concreten, y eso sería muy amargo para Lore.

Guillermo comprendió. A la tarde, el tío Ricardo y él se pusieron en camino hacia el negocio de Medina. Este estaba sentado detrás del mostrador y pelaba papas. Al mismo tiempo refunfuñaba enojado para sus adentros. En primer lugar, el doctor Martín le preguntó por qué tenía esa cara tan enojada y si ello se debía a algún malestar.

Entonces Medina empezó a echar pestes. —¡Esa chica se fue! Durante años la alimenté y ahora que podría ayudarme, desaparece.

—¿Se preocupó usted por saber dónde está la niña? —preguntó seriamente el doctor Martín.

—¿Cómo voy a hacerlo? Todo el día estoy atado aquí, a mi negocio; si no lo tengo abierto todo el día, también los pocos clientes fieles dejarán de venir. ¡Aquí está su lugar, aquí debe estar! Pienso que cuando tenga hambre volverá... Y deje que vuelva... ¡No se atreverá tan pronto a dejarme otra vez!

—Su pequeña Lore está en el hospital, señor Medina —le respondió el doctor, seriamente.

Medina lo miró dudoso. —¿En el hospital? Pero eso no es culpa mía...

—No, usted no tiene la culpa. Lore se cayó y hubo que coserle una herida en la frente. La lesión sana bien y la niña pronto podría ser dada de alta, pero... ella está anémica, completamente agotada y debería ir a reponerse; necesita urgentemente un cambio de aire.

—¡Eso es imposible! ¡La necesito aquí todos los días!

—¡Sea razonable! La niña tiene que salir de aquí por algunas semanas. Cuando de nuevo esté sana podrá volver aquí. Por el tiempo de su ausencia le daré una pequeña indemnización. El doctor puso dinero sobre la mesa.

Entonces Medina se hizo más accesible. —No tengo nada que ver con esa chica; tiene un tutor, quien debe decidir en estas circunstancias; es el comerciante Julio Morales, de la calle Kur. Al decir esto, guardó el dinero en su bolsillo y el doctor Martín se despidió. La conversación con Mo-

rales duró solo unos minutos, pues el tutor estuvo en seguida muy dispuesto a consentir unas vacaciones para que Lore se repusiera. Esta vez Guillermo estuvo esperando fuera, y cuando el tío Ricardo volvió en la calle, le preguntó muy ansioso:

–¿Cómo te fue? ¿Qué dijo el señor Morales?

–Todo está aclarado, muchacho –contestó satisfecho el tío Ricardo. Mañana iremos a buscar a tu pequeña amiga al hospital.

Guillermo pasó una noche muy intranquila. Apenas si podía esperar que llegara la mañana. Temprano, a las nueve, el tío Ricardo se fue con él al hospital. Guillermo tuvo que quedarse sentado en el coche y el tío Ricardo entró en el viejo edificio grisáceo. Guillermo miraba fija y continuamente la puerta. Por fin salió el tío Ricardo y tras él Lore ayudada por una enfermera. Lore tenía un aspecto muy distinto al de antes. Las enfermeras la habían bañado y habían peinado en trenzas su lindo cabello castaño. También la ropa había sido lavada y remendada. La enfermera le ayudó a subir al coche; luego subió el tío y partieron.

Muy feliz, Guillermo saludó a Lore y brotaron de sus labios estas palabras: –Imagínate: puedes venir conmigo a casa, la casa del guardabosques. ¡Mamá nos espera! El martes partimos. Esto será maravilloso. Allí verás a nuestro ciervo, los conejos y el prado del bosque con las muchas flores y las frambuesas grandes a la orilla del bosque. ¡Y los domingos iremos juntos a la escuela dominical! ¿Te alegras?

Lore lo miraba asombrada. Le habían ocurrido tantas cosas en los últimos días y ahora habría de cumplirse su más grande deseo... –¿Es cierto, Guillermo? –preguntó sin aliento. ¿Verdaderamente es así...?

–Sí, es verdad, Lore –confirmó el tío Ricardo–, vivirás varias semanas en la casa del guardabosques y tendrás buena comida para que tus mejillas se pongan rosadas.

Hasta la partida, Lore se quedó en casa de los Martín para que Medina no cambiara de idea. Así no supo dónde estaba Lore.

La tía Lotte tenía las manos llenas de trabajo; no quería dejar ir a Lore con tan pobre ropa, así que se puso a coser, remendar y planchar sin cesar. Le confeccionó dos lindos vestidos y alguna ropa interior. Y añadió todavía un nuevo par de zapatos.

Cuando el martes por la mañana Lore estuvo lista, tenía un muy bonito aspecto con su nueva vestimenta. La señora Martín le puso todavía un cuello blanco y un moño en el cabello; luego la miró riendo alegremente: –Bueno, pequeña señorita, puede comenzar el viaje.

Hubo una muy cariñosa despedida. Guillermo casi no encontraba las palabras correctas para agradecer los lindos días de vacaciones que había pasado en Berlín. Cuando el tren partió en dirección al pueblo, durante largo rato él y Lore hicieron señas a la tía Lotte, quien los había llevado a la estación.

Lore miraba curiosa por la ventanilla y no se saciaba de contemplar el paisaje, cuando la gran ciudad poco a poco daba lugar a verdes prados y dorados campos de trigo. Así como Guillermo había admirado los enormes edificios, los tranvías y los autos, así ella, chica de la gran ciudad, se admiraba de la floreciente naturaleza. No solo Guillermo, sino también los demás viajeros se divertían al ver su agitación. –Mira, Guillermo, cuántos árboles. ¿Eso es un bosque? Mira ese campo tan claro, ¡qué florecido está! Pero, ¿qué es eso que está allí?

–Mira bien –dijo el chico.

–¿Un molino de viento? Sí, un molino de viento como el que estaba sobre la lechera de mamá. ¡Qué rápido que da vueltas! ¡Y por sí solo!

Así pasaron varias horas. Siempre había algo nuevo e interesante para ver, de manera que el tiempo pasó volando. Para el viaje, la tía Lotte les había dado una buena merienda y además una tableta de chocolate. ¡Qué rico!

Guillermo contaba las paradas, pues se alegraba de volver a casa. Por fin llegó la última estación y el tren se detuvo. El padre y la madre de Guillermo lo estaban esperando en el andén. La esposa del guardabosques apretó a su hijo contra su pecho. Luego tendió amablemente la mano a la pequeña, le dio un beso en la frente y le dijo cariñosamente: –¡Bienvenida, Lore! Finalmente todos subieron al pequeño coche y se dirigieron hacia la casa.

¡Qué extraña se sintió Lore al despertar a la mañana siguiente, cuando oyó cómo crujían los pinos encima del techo! Alegremente saltó de la cama y se vistió en un periquete. Guillermo ya la esperaba, nervioso por las ansias de mostrarle todo.

Después de un abundante desayuno, los dos niños salieron, primero al jardín y a la conejera, luego a ver a Tarsán y Bella que estaban tirados delante de su cucha; visitaron al ciervo domesticado y fueron a ver los arbustos de bayas que parecían llamarlos de lejos. Por fin corrieron hacia el

prado del bosque que estaba a unos minutos de la casa. ¡Qué lindo era esto! Lore se admiraba de la magnificencia de las flores multicolores: las azules campánulas, las rojas clavelinas, las espuelas de caballero y las blancas florecillas, y en la pequeña zanja que pasaba por el prado florecían hasta nomeolvides. Lore se alegró enormemente y juntó un lindo ramo.

A la tarde hubo trabajo para los dos: debían recoger legumbres. Lore era muy diligente; el trabajo en la huerta le encantaba y con gusto ella quería ayudar a la tía María. No faltaban las oportunidades para hacerlo: había que poner la mesa, pelar papas, lavar la vajilla o arrancar la mala hierba del jardín. Lore se esforzaba, se dejaba enseñar lo que nunca había hecho y de tanto entusiasmo se le encendían las mejillas. ¡Cómo se alegraba cuando la tía María la alababa y le decía que era su diligente hija! Florecía como una flor de primavera y se sentía muy bien. Demasiado rápido pasó el tiempo y pronto las vacaciones de Lore se acercaron a su fin. La niña se horrorizaba ante el pensamiento de que pronto tendría que volver a vivir con su desagradable padre adoptivo y tener que vender los fósforos cada noche.

Pocos días antes de la partida, la señora Martín le dijo a su marido:

–Tengo que pedirte algo, Francisco.

–¿Qué es?

–Quisiera que esta niña se quedara aquí. Me he encariñado con ella en estas pocas semanas y me costaría mucho verla marcharse. Cuando pienso en lo que le espera en Berlín...

–¡Tú y tu buen corazón, María! –repuso el guardabosques y apretó la mano de su mujer.

–¡Oh, Francisco! Para ser sincera, soy bastante egoísta en este asunto. Lore es trabajadora y ya puede ayudarme mucho. Hasta me ha muy bien atendido con algunos servicios y la extrañaría mucho. Me parece que nuestro hijo también está más alegre desde que no tiene que estar tan solo aquí. Además, me sentiría seguramente muy sola cuando él cambie de colegio para Pascua y entonces yo lo vea aun menos.

–Vamos a ver lo que se puede hacer. Estoy muy de acuerdo, pues también me encariñé con la pequeña –dijo el guardabosques.



Esa misma noche escribió una larga carta a su hermano. La contestación no se hizo esperar. Medina estaba de acuerdo. Había tenido que cerrar su negocio por falta de clientes y consiguió trabajo por medio del doctor Martín en el parque de vehículos de la municipalidad. También el tutor de Lore estaba contento y no puso ninguna dificultad. En pocos días se arreglaron todas las formalidades.

Con la carta de Berlín que contenía el consentimiento del tutor, la madre de Guillermo fue a ver a los niños. Lore estaba sentada en el pequeño banco bajo la glorieta y lloraba. Guillermo estaba de pie a su lado y trataba de consolarla.

—¿Lore llora...? —preguntó la madre, extrañada.

—Porque pronto debe volver a Berlín —explicó el chico.

Entonces la esposa del guardabosques se sentó junto a la pequeña, le puso el brazo sobre sus hombros y la consoló, diciéndole:

—¡No llores, Lore!

—¡Oh, señora Martín! —dijo Lore, rompiendo en sollozos. ¡Usted es tan, tan buena!

—No me digas «señora Martín», sino «Mamá», como Guillermo. Mi esposo escribió a Berlín y, si deseas quedarte con nosotros y ser nuestra hija, entonces no necesitarás volver allá. Desde hoy serías la hermana de Guillermo, ¿estás de acuerdo?

La alegría de Lore no tuvo límites.

En la casa del guardabosques, en la que reinaba un verdadero temor de Dios, ella aprendió pronto a conocer al Señor Jesús como su Salvador personal y como su Señor. Llegó a ser una amable y diligente niña, verdaderamente temerosa de Dios. El señor Martín y su esposa nunca se arrepintieron de haberse decidido a abrir su corazón y su casa a la niña. A menudo recordaban con agradecimiento un versículo de los Proverbios de Salomón: “El alma generosa será prosperada; y el que saciare, él también será saciado”.

Dios no deja sin recompensa lo que se hace por amor a él.

## Max, el gallina

–¡Gallina! ¡Max, el gallina! ¡Max, eres un gallina! –resonaba graciosamente desde el bosque.

Por el camino que conducía a la casa del guardabosques se acercaban algunos niños –cuatro varones y dos niñas– acompañados por dos perros de patas torcidas que ladraban. Eran los hijos del guardabosques. El mayor de ellos, un muchacho corpulento de quince años, llevaba una escopeta sobre el hombro. Muy cerca, a su lado, trotaba el menor de la compañía, un niño rubio de cinco años, quien arrastraba, pavoneándose, un cuervo recién cazado.

Un poco detrás del grupo iba un muchacho de unos diez años, con la cabeza gacha y los ojos llenos de lágrimas. Este era Max, el gallina; eso ya podía verse en las miradas socarronas que le echaban sus hermanos. En ese mismo momento también comenzaron a cantar una improvisada cancioncilla burlona que había compuesto Jorge, el mayor:

Gallinas todas: venid  
y mirad a vuestro hermano;  
pero no pongáis rostro enojado,  
pues tendría miedo ¡el pobre infeliz!

Ello se debía a que poco antes Max había vuelto a taparse los oídos y poner cara asustada cuando Jorge le había disparado al cuervo. Siempre hacía lo mismo cuando sonaba un tiro cerca de él; y una vez también se había echado a correr. No era capaz de dispararle ni a una lata. Por eso siempre le escarnecían y se reían de él, especialmente cuando sus hermanos mayores, Jorge y Pablo, estaban en casa durante las vacaciones del colegio secundario.

–¿Y tú pretendes ser hijo del guardabosques? –así se habían burlado de él más de una vez. ¡Eres un cobarde y deberías avergonzarte! ¡Mira a Mina y Ana! Solo son chiquilinas, pero tienen más valor que tú.

Ana tenía dos años menos que Max, pero no movía ni un párpado cuando sonaba el tiro, y se reía cuando su hermano ponía cara asustada y se tapaba los oídos.

Max no se sentía para nada a gusto entre sus hermanos tan emprendedores. Prefería ir por sus propios caminos y a menudo vagaba solitario durante horas por el bosque, solo acompañado por Héctor, su fiel perro; juntaba bayas y hongos y volvía a casa con un ramo de flores del bosque para su madre y con sabrosas hierbas o plantas medicinales. Por eso también le decían «el viajero

descubridor», «el investigador de la naturaleza» y «el explorador». Pero la esposa del guardabosques siempre lo protegía y decía a menudo: –Si nouviésemos a Max, no tendríamos hongos ni bayas para comer y pocas veces habría flores en el florero.

Los hermanos mayores preferían meterse las bayas en la boca en lugar de juntarlas y, cuando debían buscar hongos, se subían a los árboles y metían sus narices en los nidos de los cuervos o corrían durante horas tras una urraca para descubrir su nido.

Max era un muchacho raro. Podía pasarse horas sentado al sol en el brezal, mirando el cielo azul o escuchando el canto de los pájaros. El murmullo de los altos pinos y abetos le contaba maravillosas historias. Allí estaba con los ojos abiertos bajo los gigantes del bosque y miraba el mar de agujas encima de él y soñaba... soñaba...\*

Cuando sus hermanos lo encontraban así, en seguida comenzaban con sus bromas y le preguntaban si escuchaba cómo crecía el pasto o si hacía poemas para los pinos. De manera que Max se había visto impulsado a buscarse un escondite en el que nadie pudiese molestarle. Encontró un lugar, no abajo en el suelo, sino arriba en las ramas de un viejísimo roble. Este no era muy alto, pero tenía una copa muy tupida. En una de sus nudosas ramas, Max encontró un cómodo asiento. El roble estaba a la orilla del bosque, desde donde se podía ver todo el campo y el prado hasta la casa del guardabosques. Para poder subirse rápidamente se hizo fabricar por el viejo criado Diego una pequeña escalera, a la que él levantaba tras sí cuando estaba arriba. Desde abajo nadie podía reparar en él y a menudo la horda salvaje pasaba corriendo bajo su escondite sin imaginarse que Max se hallaba arriba, en la cima del árbol.

También hoy se había escabullido nuevamente hasta allí. Apoyó su mejilla en la corteza del roble y susurró: –¡Oh, amado Salvador! ¿Por qué soy tan cobarde? Ciertamente mis hermanos tienen razón, pero yo no lo puedo remediar. Concédeme la gracia de que yo también sea tan valiente como ellos y que no tenga miedo cuando disparen un tiro. Permíteme que alguna vez sea especialmente valiente y que pueda llevar a cabo una gran hazaña. Después de un rato, cuando se sintió un poco más tranquilo, siguió orando: –Pero también sabes que soy tu cordero y que tú eres mi buen Pastor. Yo sé que me amas y desearías que yo te siguiera. Querría parecerme a ti. En cuanto a eso del miedo... si eso ha de cambiar, ¡ayúdame tú...!

Entonces miró hacia la casa. Allí estaba, apacible entre los árboles frutales; el humo subía verticalmente de la chimenea y el sol del crepúsculo parecía arder en las ventanas. Su madre estaba sentada en la galería, ocupada con su labor. Ni se veía a sus hermanos.

A su alrededor reinaba un profundo silencio; Max solo oía el murmullo del arroyito que cruzaba el prado. Un pájaro estaba posado en la rama más alta del roble y cantaba con brío su melodía del atardecer. Max se quedó sentado así mucho tiempo; nada interrumpía la paz del bosque.

De repente, el muchacho se levantó y escuchó, intrigado. Percibió un suave crujido. ¿Sería algún animal salvaje que salía de la espesura del bosque para pacer en el prado? Con gran atención espió hacia abajo. Allí..., pero no, si ese era un hombre que se comportaba extrañamente. Se agachaba cada vez más a medida que llegaba a la orilla del bosque, se deslizaba rápidamente de un árbol a otro, se quedaba quieto, miraba temeroso hacia atrás, escuchaba ansioso hacia todos lados, como si deseara que nadie le viera. Cerca del viejo roble se quedó quieto y se agachó.

Ahora Max pudo ver su cara y se asustó. Conocía al hombre, aunque hacía mucho que no lo había visto. ¡Ese era Puentes! La última vez que Max lo había visto era llevado por dos policías, pues lo habían encontrado cazando furtivamente. Ya hacía mucho que el guardabosques lo había rastreado cuando al fin consiguió sorprenderlo con las manos en la masa. Puentes había sido condenado y mandado a la cárcel por un tiempo, donde pudiera reflexionar acerca de sus malas acciones, cuya lista era larga. En seguida Max reconoció al malvado, aunque ahora tenía el pelo muy corto y ya no usaba barba.

Un terrible temor se apoderó del muchacho. El hombre ¿se había escapado de la cárcel o había sido liberado? ¿Qué querría aquí, cerca de la casa del guardabosques? ¿Cazar de nuevo o...? Sí, el hombre actuaba como si quisiera vengarse del guardabosques. Max empezó a temblar. Casi se descompuso y firmemente se aferró a una rama del roble para no caerse del árbol. Pero no debía moverse ni hacer el menor ruido, si no todo habría terminado para él. ¡A ese Puentes se lo sabía capaz de cualquier cosa!

El inquietante hombre se acurrucó en el suelo y miraba sin cesar hacia la casa. Una vez levantó sus puños y murmuró unas maldiciones.

El sol bajaba allí, detrás del bosque, y al despedirse bañó todo el paisaje con un dorado luminoso. De los corrales partían los fuertes mugidos del ganado y la criada caminaba con humeantes baldes por el patio para alimentar a los animales. La madre entró en la casa. Max sabía que ahora prepararía la cena; luego todos se sentarían a la mesa y se extrañarían a causa de su ausencia, preguntándose dónde estaría él, siempre tan puntual. ¿Cuánto tiempo debería aguardar todavía allí arriba?

Su madre salió por la puerta y llamó con voz clara: –¡Max! El muchacho tuvo que contenerse para no responder. El corazón le latía fuertemente; pensaba que el hombre ahora iba a mirar hacia arriba y descubriría su escondite. Pero, en cambio, se acurrucó cada vez más en el suelo.

De repente, Puentes se levantó maquinalmente. El guardabosques había salido de la casa con la escopeta al hombro. Dijo algo al salir, y con largos pasos se fue rápidamente hacia los pinos. Max sabía que su padre iba a cazar y el camino que tomó conducía a la laguna rodeada de espeso cañaveral. Allí, de noche, los animales del bosque salían para pacer.

Cuando el guardabosques desapareció tras los árboles, el cazador furtivo se internó a largos trancos en el bosque. Max creyó que se dirigía a la aldea, pero, en cambio, volvió. Ahora llevaba una escopeta que había tenido escondida en algún lugar del bosque. Una vez más espió hacia todos lados y siguió al guardabosques en dirección a la laguna.

Apenas hubo desaparecido, Max bajó apresuradamente del árbol y corrió hacia la casa. El temor por lo que podía pasarle a su padre casi lo enloqueció. Puentes seguramente quería matarlo. Pero ¿qué podía hacer él para impedirlo? No podía cambiar nada, él, ¡el «cobarde»!

Al llegar a la puerta del patio, Héctor, el perro, le saltó encima. Entonces Max supo lo que tenía que hacer. Corrió hasta la perrera ante la cual se hallaba atado Rex, el gran perro de caza. En un abrir y cerrar de ojos lo soltó y llamando «¡Héctor, Rex, aquí!», salió disparando con los perros hacia afuera del patio.

–Gallina ¿adónde vas tan rápido? –se oyó decir de todos lados, y la madre, que lo había visto, también lo llamó. Max apenas pudo exclamar unas palabras: –¡Papá... la laguna... Puentes... lo matará! –y salió corriendo.

El camino a la laguna era angosto y serpenteaba entre los pinos. Max no se permitió ninguna pausa; como enloquecido corrió y corrió. La camisa se le pegaba al cuerpo y su respiración era espasmódica.

El bosque había empezado a ser oscuro y lóbrego. Aquí y allá algo crujía; la mayoría de las veces eran animales asustados que emprendían la huida. Entonces Max se estremeció; creyó que era Puentes y con más firmeza sostuvo el collar de Rex. En cualquier momento podía sonar un tiro, el tiro que mataría a su padre. –¡Oh, Dios, no lo permitas! ¡Guárdalo!

Allí estaba la laguna. Alrededor de ella el suelo estaba húmedo y desperejo. Espesas plantas de arándano y largos pastos parecidos a cañas cubrían el suelo; en medio crecían altos helechos, de manera que Max no podía ver a más de tres pasos delante de él.

De repente, Rex empezó a gruñir, furioso, y ambos perros dieron unos poderosos saltos en el espeso matorral, de manera que el perro de caza volteó a Max al soltarse el collar de su mano. Pero rápidamente Max se puso de pie y se esforzaba en pasar por el matorral, corriendo tras los perros que ladraban.

Un súbito temor se apoderó de él. Pocos metros delante, con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, estaba Puentes de pie, defendiéndose con la culata de su escopeta de los perros que le atacaban. Max se dio vuelta en dirección a la laguna y gritó: –¡Papá, papá! Ven pronto aquí, ven...

–Ya vas a ver tú, bastardo –masculló Puentes y levantó la escopeta. Entonces Héctor saltó hacia él y le atrapó el brazo. Pero ya había sonado un tiro. Max sintió un dolor punzante en su costado izquierdo y algo caliente corrió a lo largo de su pierna. Perdió el sentido y se desplomó.

Con sordos gruñidos, Rex saltó sobre Puentes y lo tiró al suelo, haciéndole perder su escopeta. Ahora el hombre estaba tendido en el suelo húmedo; sobre su pecho sintió dos fuertes patas delanteras y muy cerca de su cara lo amenazaban los dientes del perro. Sabía que estaba preso; bastaba un movimiento y el perro lo mordería. Por eso no se animó a moverse. También Héctor estaba cerca y gruñía amenazadoramente.

Se oyó el crujido de ramitas. Era el guardabosques que se acercaba rápidamente. Horrorizado miró a su hijo. Al cazador furtivo solo le echó una mirada, le dio una corta orden al perro, se agachó sobre Max y lo levantó cuidadosamente para ver su cara pálida como la nieve.

–Mi hijo, mi hijo querido –gimió él. Precipitadamente abrió la camisa y el pantalón de su hijo y revisó la herida. Su cara se aclaró de nuevo. –¡Gracias a Dios, es solo una herida superficial! –y respiró aliviado.

Desde la casa se oía ladrar a los perros. Ahora también se oía llamar: –¡Max, Max! ¿Dónde estás?

–Aquí –respondió el guardabosques, y en seguida llegaron Jorge, Pablo y el cazador ayudante con dos perros salchichas. Cuando Max había salido corriendo con Rex y Héctor hacia el bosque, su madre había enviado al ayudante tras el muchacho. Max, con su cara asustada y su extraño proceder, la había preocupado. Jorge y Pablo se habían juntado al ayudante, al igual que ambos perros.

En pocos minutos maniataron a Puentes. Apenas se podía apartar a Rex de su lado, y así y todo el perro seguía gruñendo. Jorge se colgó la escopeta de Puentes al hombro y el padre tomó en sus brazos a su hijo herido. A Pablo se le ordenó que se adelantara para tranquilizar a la madre.

La oscuridad del bosque disminuyó, una luz plateada iluminó el angosto sendero. La luna había salido y su brillo también inundaba la casa cuando la pequeña caravana por fin se alejó del bosque. La madre estaba junto al portón del jardín.

—Ana, no debes preocuparte —dijo el guardabosques. Dios evitó cosas peores. Realmente solo se trata de una herida superficial que pronto sanará.

Poco después, el viejo criado enganchó el caballo al coche para llevar al prisionero Puentes a la ciudad del distrito. El ayudante de caza y un policía se sentaron a su lado. A la vuelta, en vez del cazador furtivo, Diego tenía otro viajero, un señor con lentes de oro: el médico.

Más tarde, cuando este abandonó la casa, la madre ya estaba absolutamente tranquila. Max no corría peligro. La bala había rozado el muslo izquierdo. Más que esta herida le habían acosado el temor y la excitación. Ahora estaba tendido, pálido y exhausto, sobre las blandas almohadas. Los hermanos mayores ardían de curiosidad por averiguar algo sobre la aventura, pero la madre puso su dedo sobre la boca y los envió afuera. Debían, pues, tener paciencia hasta que Max pudiese contárselo más tarde.

Pero ya se imaginaban cómo había sucedido todo, y cuando Jorge y Pablo se acostaron arriba, en su buhardilla, Pablo preguntó, extrañado:

—¿Sabes? Yo no habría creído que el gallina fuese capaz de tener tanto valor.

—Sí —dijo también Jorge—, no es poca cosa enfrentarse con un tipo que no piensa mucho antes de disparar con la escopeta y al que no le importa si apunta a una liebre o a un hombre. No sé si yo habría tenido tanto ánimo como Max.

—¡Max es verdaderamente hijo de guardabosques! Qué extraño que se tape los oídos cuando sueña un tiro. Pero ahora estoy seguro de que eso no es señal de cobardía.

—Nunca más vamos a llamarlo gallina —exigió Jorge, y se lo propusieron firmemente.

Abajo, en el dormitorio, su madre estaba recostada con los ojos abiertos. Se encontraba demasiado conmovida como para dormirse. Tenía que pensar cuán diferentemente podría haber sucedido todo. Dios, ¿no les había concedido mucha, mucha gracia? Se levantó y silenciosamente se

acercó a la cama de Max, se arrodilló y agradeció a su Padre celestial una vez más con un corazón desbordante de gratitud por la misericordia y la bondad que él les había demostrado a todos, y especialmente a su pequeño Max.

\* \* \*

Después de algunos días, Max tuvo que declarar ante el tribunal. Sus padres habían dado su consentimiento, pero, como Max no estaba restablecido todavía, los funcionarios de la Justicia acudieron a su casa y él tuvo que contarles todo. Cuando hubo terminado, el juez le acarició la cabeza y la mejilla y le dijo: –¡Eres un muchacho arrojado, un valiente!

Fuera, junto a la ventana abierta, estaban sus hermanos; no querían perder palabra de la importante conversación. Jorge le dio un golpe en las costillas a Pablo y susurró: –¿Oyes? ¡Un muchacho arrojado, un valiente! ¿Habrá sabido el juez que lo llamábamos «gallina»? Por supuesto que algo había oído. La señora del guardabosques se lo había contado.

Desde entonces todo cambió. Cuando después de un tiempo –Max ya estaba totalmente repuesto– el pequeño Federico le llamó burlescamente «gallina», recibió una sonora cachetada de su hermano Jorge. –Eso no se dice más –le dijo. Federico no lo olvidó.

Además, los hermanos mayores eran muy amables y atentos con Max. Pasaban junto a su «roble» con cierto respeto, y cerca de la laguna donde Max había sido herido, levantaron un monumento: un poste con un pizarrón de madera escrito con letras negras, el que atestiguaba el valeroso comportamiento de Max. Cuando el guardabosques lo vio, tuvo que reírse satisfecho.

En el diario del distrito se publicó una larga información sobre la hazaña del hijo del guardabosques. Jorge la recortó y la colocó en su carpeta de clase. Al volver al colegio después de las vacaciones, leyó el recorte a toda la clase.

Max se extrañaba a menudo de que se hiciera tanto alboroto a ese respecto. Cualquier muchacho seguramente habría hecho lo mismo. Y poco a poco estuvo más consciente de una cosa: seguiría pidiendo a su Salvador que lo hiciera más valiente y le quitara el miedo que a menudo no tenía razón de ser. Pero había algo que no le iba a pedir más: ¡cumplir una gran hazaña! En vez de eso, en lo sucesivo su deseo y oración sería que confiara más en su Salvador. Así, también todo lo demás se arreglaría.



## Nido de cigüeñas

–Mamá ¿por qué no tenemos gansos como los demás?

Al hacer esta pregunta, Lorenzo –un pequeño de apenas diez años– no se dio cuenta de que una sombra pasaba por la pálida cara de la mujer que daba rápidas vueltas a la rueca para no estar ociosa ni siquiera en la penumbra.

–Antes teníamos muchos gansos –dijo ella en voz baja, como para sí misma.

–Sí, pero eso no nos sirve de nada para hoy –repuso el muchacho, impaciente.

–Tienes razón, pero no fue fácil alimentar a la vieja gansa durante el invierno tantas veces tuve; además mala suerte con los gansos, los gansitos y hasta con los huevos; durante tres años no hubo caso y lo dejé. Cuando se es pobre hay que evitar todo lo que a uno puede empobrecerle más; pero cada año me vuelve a dar pena cuando veo cómo los demás llevan sus gansos al sol de primavera, cómo van a buscarlos al prado antes de que anochezca y cómo en el otoño reciben su buena suma de dinero. Cinco marcos por un ganso, ¡imagínate!

–Si pudiésemos vender diez gansos tendríamos cincuenta marcos; y seríamos ricos, ¿no es cierto, mamá?

–Uno de los diez deberíamos darlo al propietario del prado.

–Entonces podríamos también tener once, de manera que nos quedaran diez.

La madre asintió; luego la habitación baja, blanqueada con cal, quedó en silencio; solo el viejo reloj de pared hacía oír fuertemente su tic-tac mientras la rueca ronroneaba sin parar. Pero madre e hijo soñaban con diez blancos gansos contoneándose, los que podrían traer riqueza a la pobre familia.

–Enciende el fuego para cocer las papas –dijo al fin la señora Molinos con un suspiro causado por el inútil pensamiento– y estemos conformes con lo que tenemos; hasta ahora nunca nos fuimos hambrientos a la cama. Todavía podemos mantener nuestro cerdo, y las seis gallinas son diligentes ponedoras.

–¡Ah, mamá! El cerdo que tenemos cada año... casi siempre está tan flaco; así lo dice el mismo carnicero que lo sacrifica. Y los huevos, a menudo los vendes...

–¡Oh, tan solo los primeros! No, Lorenzo, demos gracias a Dios porque nos va mejor que a miles de otros pobres.

Esto no le parecía tan evidente al muchacho; al contrario, pensaba que les iba bastante miserablemente. Pero no respondió nada, sino que juntó las ramitas secas que estaban ante el hogar de la pequeña chimenea, tomó algunas piñas de abeto de un balde y, un poco más tarde, ardía un vivo fuego. Lorenzo colgó la negra olla con papas del fuerte gancho que pendía de una gruesa cadena cubierta de hollín y fue a buscar su libro para estudiar sus lecciones a la luz de la lumbre.

Los pensamientos de la señora Molinos vagaban por el pasado. Desde hacía cinco años era viuda, a menudo se enfermaba, no podía hacer trabajos pesados y el hilar producía poca ganancia. Si Lorenzo fuera más grande –pensaba ella– todo sería diferente, pero hasta entonces no había que perder el ánimo sino confiar en Dios. Así lo deseaba, y ¡cuánto lo deseaba! A la verdad, no podía quejarse de su hijo. «¡Oh, Señor!» –rogó ella para sus adentros, y la rueca se detuvo, porque instintivamente ella juntó las manos– «guárdamelo, y haz que él te tema y te ame y siga siendo tan bueno conmigo».

Lorenzo la miró, asombrado, pero no dijo nada; en los ojos de ella había un suave brillo y él sabía bien que no debía formular preguntas. También sabía que ya hacía rato que ella no pensaba más en los gansos; pero él no podía librarse de ellos y por fin se le escapó: –Querría con gusto juntar ortigas para ellos en todas mis horas libres.

La madre sonrió. Entonces, para hacerle pensar en otra cosa, le dijo:

–En abril se reparará nuestro techo de paja. Ten cuidado de que los obreros no arruinen el nido de las cigüeñas y nuestras buenas amigas se vean desalojadas.

–Seguro que lo haré. Oh, sería terrible que las cigüeñas se fuesen, ¿no es cierto, mamá? Nos da tanta alegría tenerlas...

–Sí, todos estos años pasados disfrutamos mucho con ellas. Siempre aguardo oír su crotorar sobre el techo.

–Yo también, mamá. Pero ¿sabes lo que dijo hoy el maestro? Dijo que la cigüeña es un animal dañino, un cazador furtivo, y un ladrón de peces, que come pequeños liebres, perdices y pichones de pájaros.

–Sí, eso es cierto, pero también come serpientes, ratones, topos y otros animales perjudiciales. Siempre hay que sopesar lo bueno y lo malo.

Así Lorenzo se olvidó de los gansos; y al día siguiente, cuando encontró al techista y este le contestó su pregunta diciendo que vendría en el tiempo previsto, Lorenzo le pidió que por favor respetase el nido de las cigüeñas.

—Naturalmente —dijo riendo el señor Guibal. ¿Piensas acaso que puedo hacerle daño a una cigüeña? No, todavía pertenezco a la gente antigua que la quiere y no rezonga siempre por lo poco que roba.

—¡Qué suerte! Pero, señor Guibal, las cigüeñas ya estarán aquí cuando usted comience a arreglar nuestro techo.

—¡Oh! aquí me conocen todas las cigüeñas —aseguró el techista, y le guiñó astutamente. Ya arreglé los techos de todos.

Lorenzo no sabía si debía tomar el asunto en serio o en broma, pero de todas maneras se tranquilizó.

\* \* \*

Los días se alargaban. Las gansas ya no paseaban en compañía, sino que, aisladas, tomaban aire de vez en cuando y luego, pacientemente, volvían a su trabajo de empollar. A Lorenzo siempre le daba como una puntada en el corazón cuando veía a alguna señora gansa salir de paseo. ¡Oh! si tuviese una sola, al año siguiente podrían tener diez gansos... o mejor once.

Su madre ya había olvidado el asunto y estaba satisfecha cuando podía poner un pedazo de pan sobre la mesa para que su hijo lo mojase en su café de centeno tostado.

\* \* \*

Era un domingo de abril. La señora Molinos había ido con Lorenzo a su pequeño huerto a la orilla de la aldea; el chico había salido corriendo mientras su madre hablaba con algunos conocidos. Cuando ella se acercó a su casita, su hijo le salió al encuentro, diciendo:

—¡Mamá, están las cigüeñas!

Verdaderamente papá y mamá cigüeñas estaban allí de pie en el nido, observando a su alrededor si algo había cambiado durante su ausencia; crotoraban satisfechos con sus largos picos. Lorenzo se reía y aplaudía; le parecía como si viejos y queridos amigos hubiesen vuelto.

Algunos días más tarde vino el señor Guibal con su alta escalera y sus acostumbradas herramientas y comenzó a renovar el techo.

–Eso quedará lindo –dijo Lorenzo cuando la mitad quedó terminada.

–¿Lindo? –dijo riendo el techista. Bueno, lo que hacemos, lo hacemos bien, muchacho. Y silbó una canción. Cuando bajó para buscarse nuevo material, le dijo al chico: –¿No querrías también subir al techo?

De gozo Lorenzo se quedó casi sin aliento. –¡Oh, sí, maestro Guibal, y me gustaría especialmente mirar dentro del nido de las cigüeñas!

–¡Ya lo creo! Bueno, espera un par de días, ya habré llegado allí, pero una cosa te digo: no debes marearte.

–¡Oh! descuide, señor Guibal, ¡ni el más pequeño mareo!

–Bien, te avisaré.

Los pocos días le parecieron años a Lorenzo; sin embargo, cierto mediodía Guibal le llamó: –Bueno, muchacho, ahora puedes subir y hacerle una visita a la señora cigüeña.

¡Lorenzo no se lo hizo decir dos veces! No era nada difícil subir por la ancha escalera, apoyada en el techo musgoso. Cuando llegó arriba lanzó un grito de alegría. ¡Era hermoso estar allí arriba! El sol brillaba sobre los campos verdeantes con la siembra de invierno; el arroyo relucía plateado; las blancas nubes parecían estar al alcance de la mano; los pájaros cantaban sobre las ramas llenas de brotes. Con cuidado Lorenzo miró dentro del gran nido de las cigüeñas. La señora cigüeña parpadeaba soñolienta y se extendía sobre sus dos huevos; que tenía dos, ya se lo había contado Guibal.

–Ahora baja –le llamó el techista al fin–; es hora de almorzar, tengo que irme a casa y no quiero dejarte solo allí arriba.

Lorenzo bajó cuidadosamente del techo. No era solamente el hermoso brillo del sol visto desde allí arriba, desde el caballete del techo, lo que había impresionado al muchacho, sino la cigüeña empollando. Cuando la vio se le ocurrió un extraño pensamiento, el que le tuvo ocupado mucho tiempo después de haber descendido. No lo dijo a nadie, ni siquiera a su madre. Cuando se hizo de noche, fue hasta el otro extremo de la aldea. Allí había una casita, algo separada de las otras, en la que vivía una anciana y extraña señora. La gente decía que era avara. Pero nadie sabía con

seguridad lo que le concernía, pues ella no dejaba entrar a nadie en su casa, sino que atendía a la gente en la puerta de entrada. Muchos de la aldea envidiaban a la vieja María por una cosa: por lo general, ella obtenía la mayor cantidad de gansitos. En primavera y verano, vivía solo para ellos, sus animales preferidos. Justamente una de esas gansas volvía de su paseo al anochecer y su dueña la hizo entrar en la casa. Cuando la mujer vio a Lorenzo, se dirigió a él y le preguntó:

—¿Qué quieres tú aquí?

Él se acercó, diciendo:

—María, tú me conoces, ya te junté los gansos una vez en el verano y...

—Sí, sí, ya sé —interrumpió ella, impaciente—; ¿acaso quieres ahora un premio por ello?

—¿Un premio? No, quisiera un huevo de gansa.

—¿Un huevo de gansa? ¿Estás mal de la cabeza?

—Pero no lo quiero gratis; mañana te ayudaré a rastrillar y a limpiar tu prado.

—¿Qué quieres hacer con el huevo?

—Eso solo te lo podré decir más adelante.

—No soy curiosa; después de todo, no me importa; el trabajo en el prado me lo haces correctamente, ¿me oyes? No solo un rastrillaje superficial, sino a fondo, ¿entiendes? Espera un momento, tengo que atender a mis gansos primero; están empollando en el cuarto. Han puesto bastantes huevos. Seguro que las mujeres de la aldea se van a enojar.

Se rio burlonamente y entró en la casa arrastrando los pies. Lorenzo esperó fuera.

Detrás de la pequeña ventana brilló brevemente una luz; después todo volvió a ser oscuro. Luego se abrió la puerta.

—Lorenzo —llamó la mujer—, lo he pensado bien; sí que te regalaré un huevo de gansa. Mi gansa gris ha puesto muchos y tendré más aun. Pero, ¡te esforzarás por hacer bien el trabajo en el prado, muchacho!

—Sí, sí —contestó Lorenzo, lleno de alegría; por favor, dame el huevo.

—¡Oh! pensé que primero harías el rastrillaje; pero, si deseas tenerlo, te lo daré; puedo confiar en ti... no engañarás a una anciana a quien mucho le cuesta tal trabajo.

—No, seguro que no, María. Por favor, dame el huevo ahora.

Por un momento pareció indecisa, luego se volvió y desapareció detrás de la puerta. Lorenzo esperó lleno de impaciencia. ¿No se arrepentiría la anciana? No, unos minutos más tarde volvió con el huevo envuelto y muy calentito.

—¡Aquí tienes, muchacho, es uno grande!

—¡Gracias, gracias! Salió corriendo alegremente. La anciana se quedó mirándolo, sacudió la cabeza y dijo a media voz: ¡Mi lindo huevo! ¿Cumpliré su palabra el muchacho?... Pero ya era demasiado tarde; el trato había sido hecho. María cerró la puerta, rezongando.

La luna brillaba en el cielo como una pequeña hoz. En la aldea todo estaba silencioso y Lorenzo se fue lentamente a casa. Pese a que ya estaba envuelto el huevo de gansa, para mayor seguridad lo envolvió también en su pañuelo. De la ventana de los Molinos salía una luz débil; seguramente su madre estaba sentada ante la chimenea e hilaba. Ella no iba a impedirle su propósito. Lorenzo se fue rápidamente a la escalera que estaba apoyada contra el techo de paja, tal como a mediodía, muy cerca del nido de las cigüeñas. Con cuidado subió peldaño a peldaño y llegó arriba. Mamá cigüeña había extendido su plumaje y, metido su pico entre las plumas, dormía. Su esposo también dormía, parado sobre una pata al final del techo. Lorenzo se sentía bastante oprimido en la oscura soledad. Las estrellas centelleaban, el viento nocturno pasaba suavemente por encima del techo y un murciélago se deslizó a su lado. Así como lo había hecho a mediodía, Lorenzo observó a su alrededor. ¡Ahora qué distinto parecía todo! Pero no era cuestión de pensarlo mucho; se armó de coraje y con audacia sacó un huevo de debajo de la cigüeña y colocó el de gansa en su lugar. El asunto era menos difícil de lo que había creído. La mamá cigüeña abrió los ojos un instante, extendió su pico, pero se volvió a dormir y Lorenzo bajó con el huevo de cigüeña. Lo enterró en el jardín para que nadie lo notara. ¿Saldría bien el asunto? El chico no se sentía muy tranquilo, pero ya estaba hecho y debía esperar.

\* \* \*

Cuando Guibal hubo terminado el arreglo del techo, sacó la escalera. Lorenzo no había pensado para nada en eso. Se asustó mucho. ¿Cómo iba a buscar ahora su gansito cuando naciese? Que nacería, no lo dudaba en absoluto.

Sí, nació. El muchacho más o menos pudo sacar la cuenta de cuándo sucedería eso; y una mañana notó que algo inhabitual ocurría en el techo. Su madre estaba en el campo, fuera de la aldea, y él de pie en el jardín, fijos los ojos en el nido de las cigüeñas.

Papá cigüeña estaba delante de su señora y crotoraba furioso, de manera muy distinta a otras veces en las que todo ocurría sin novedad. No podía tranquilizarse y, finalmente, salió volando, encolerizado. La mamá cigüeña estaba muy quieta en el nido; apenas si Lorenzo podía ver algo de ella. El sol brillaba; ni una nubecita se veía en el cielo azul.

¿Si papá cigüeña no volvía? El tiempo le pareció largo al chico. Pero, de pronto, un zumbido y tres, cuatro, cinco cigüeñas extrañas que acompañaban al padre se precipitaron con sus largos picos sobre la pobre madre. Era imposible que ella soportara esto mucho tiempo. ¡Oh, si Lorenzo no hubiese puesto el huevo extraño en el nido...! pues seguramente esa era la razón del extraño comportamiento de las aves, las que volvieron a crotorar fuerte y continuamente, hasta que salieron volando. Entonces todo quedó en silencio como antes en el techo; pero de la señora cigüeña no se veía nada desde el jardín, ¡nada! ¿Qué pasaría? ¿Estaría muerta? Le dio pánico al muchacho y, sin pensarlo mucho, corrió a la casa de Guibal. Este se hallaba junto a sus abejas.

—Maestro Guibal... las cigüeñas... el huevo de ganso... ¡Oh, por qué lo habré hecho...!

Estalló en llanto y casi no podía hablar de tanto sollozar. Por fin, con frases entrecortadas, contó lo que le había sucedido. El techista puso una cara muy seria y dijo: —Sí, eso no deberías haberlo hecho, muchacho; ya muchas veces experimenté que algo así salía mal.

—¡Oh, maestro Guibal! ¿Qué haremos ahora?

—¿Hacer?... La cigüeña ha de estar muerta.

Un nuevo sollozo del chico. Entonces preguntó tímidamente: —¿No podríamos ir a ver?

—Bueno, si de algo sirve... ¿Piensas que me causa mucho placer llevar la pesada escalera hasta tu casa?

—Señor Guibal, por favor, por favor... no se puede saber... quizá la mamá cigüeña viva todavía... ¡o por lo menos el gansito!

—¡Ah, ah! a eso quieres llegar, muchachito. Bueno, por ser tú, ¡ven!

Se fue a casa, se puso la ropa de trabajo y, ayudado por Lorenzo, llevó la escalera al lugar del accidente. Subió lentamente, mientras el niño, con afiebrada excitación, siguió cada uno de sus movimientos. Ahora el techista estaba arriba; se agachó sobre el nido. Tardó un rato hasta que se dio vuelta y exclamó: –¡La vieja está muerta!

Lorenzo no atinaba a decir ni una palabra. Estaba como arraigado, hasta que notó que el maestro Guibal se preparaba a bajar. El techista colocó sus pies con mucho cuidado en los peldaños y sostenía algo envuelto en su pañuelo. Ahora estaba abajo.

–¡Toma, muchacho! Le puso en la mano un suave gansito amarillo que audazmente volvía su cabecita de un lado a otro.

¡Cuánto había pensado Lorenzo en ese momento, y ahora no podía alegrarse. Por fin preguntó: –Maestro, el polluelo de la cigüeña... ¿dónde está?

–También muerto; la vieja lo aplastó.

La pena en el corazón de Lorenzo aumentaba cada vez más. ¡Oh! si por lo menos su madre estuviese ahora, para que él pudiera contarle todo. Pero por allí atrás la vio venir. Corrió hacia ella; tenía que decirle lo que pesaba tanto en su corazón.

Mamá Molinos se sentó a la mesa y atrajo a su hijo hacia ella. Pasó un rato hasta que Lorenzo se tranquilizó un poco. Ella le acarició cariñosamente la cabeza y por fin él pudo contarle todo, desde la noche en que María le había dado el huevo de ganso hasta ahora, y terminó diciendo: –¡Oh! mamá, te aseguro que no lo hice con mala intención. Su madre lo sabía y trató de tranquilizarlo, pero al principio no lo consiguió. El único consuelo del muchacho era el animado gansito.

Lorenzo se fue otra vez afuera. El maestro Guibal había subido de nuevo por la escalera y traía a la madre cigüeña y su polluelo. Lorenzo enterró a ambos debajo del cerezo, detrás de la casa. Con tristeza miró hacia el nido; estaba vacío y quedó vacío durante todo el verano.

Los Molinos habrían extrañado aun mucho más a sus buenos amigos sobre el techo si no hubiesen tenido el gansito. Este tenía un rincón en la habitación. Lorenzo se ocupaba diariamente en traerle ortigas frescas. La buena molinera le daba cada tanto un puñado de salvado. Toda la aldea se interesaba por el bienestar de la pequeña gansa, hasta que ya no fue amarilla, sino gris y blanca. Su hermosura desapareció por un tiempo –eso todos lo sabían–, pero pronto volvió.

–Es de buena clase –decía María cada vez que encontraba a Lorenzo–, verás que tendrán suerte.



La anciana tenía razón. Al año siguiente, la gansa grisácea empezó a poner huevos desde temprano: doce lindos huevos blancos, y todos dieron polluelos. ¡Qué excitación fue esa! La alegría de Lorenzo era enorme. Tan solo era turbada cuando él miraba hacia arriba, al nido vacío.

Pero, un día, dos jóvenes cigüeñas dieron vueltas alrededor del nido y, después de animadas consultas, se posaron en él.

—¡Mamá, mamá! Tenemos de nuevo cigüeñas sobre el techo. Sin aliento, Lorenzo se precipitó a la habitación. Una sonrisa pasó por la cara de la señora Molinos, quien se apresuró a salir. Contenta, le sonrió a su hijo.

—¿Ves, hijo mío? Dios puede arreglar todo lo que nosotros hacemos mal. ¿No nos bendijo ya a menudo y abundantemente?

—Sí, mamá —dijo Lorenzo—, y el año que viene tendremos dos viejas gansas y veinte o quizá veinticuatro gansitos; María también lo afirma.

—Veremos, hijo mío, veremos.

—Sí, veremos, mamá, todavía vamos a ser gente rica.

—Ya lo somos, más que miles de personas. Nosotros conocemos a nuestro grande y bondadoso Dios y Padre en el cielo y estamos satisfechos; yo no cambiaría mi suerte por la de nadie.

—Mamá, yo tampoco —aseguró Lorenzo. Es decir —agregó después de un rato—, desde que tenemos gansitos.

## Dios nos cuida

En el este de una bahía bastante grande, muy junto a la costa del mar Báltico, se encontraba una pequeña finca. Las ventanas de la casa miraban hacia el sur y el oeste, todas con vista sobre el mar. Hacia el este, al otro lado de la laguna que pertenecía a la hacienda, se hallaba la granja, y hacia el norte los árboles y toda clase de arbustos protegían la casa roja para que el viento del norte –que soplaba muy fuerte en invierno, cuando se unía con su hermano, el viento del este–no la enfriara demasiado. Aunque el jardín de flores era pequeño, en verano florecían en abundancia las rosas más hermosas.

Pero este año no querían prosperar. A la fría primavera le había seguido un verano seco, con inacostumbrado calor. Todas las plantas se marchitaban. El trigo era bajo, y no prometía más que un pobre rendimiento. Sin embargo, era urgente cosecharlo las praderas estaban secas y los animales sufrían por falta de alimento. ¡Y seguía sin llover! A veces se amontonaban nubes en el cielo, pero no vertían refrescante agua sobre la tierra sedienta.

Ahora, la cosecha había pasado. Este año se acabó pronto por no haber mucho para cosechar. Debía comenzar la siembra, pero apenas se podía arar el campo. La tierra se aglomeraba en enormes y compactos terrones. Eran tan duros que ni aun las grandes y pesadas rastras con sus dientes de hierro podían deshacerlos.

Muy preocupada se veía la cara del campesino al volver del campo a la hora de la merienda. Su hermana, quien dirigía su hogar, lo notó en seguida. Ella hizo todo lo posible para que se sintiera cómodo y luego, cuando le hubo satisfecho se sentó junto a él y le dijo algunas palabras alentadoras.

–Sí, Thea, sí –suspiró él–, pero este año para nosotros todo va mal, pues hasta las papas fallan. Están todas enfermas y no darán tanto como para que nosotros y nuestra gente tengamos lo suficiente para el invierno. Y para el ganado no quedará ni un tubérculo. Tenemos que comenzar a cocinar arroz, pues no quedará otra cosa que hacer si queremos salir del apuro.

–Desde mañana mismo todos comeremos arroz. Pero ahora no te preocupes demasiado, Mario.

–Eres tan buena... siempre me das ánimo.

–Y ¿sabes? nuestros sobrinos preguntan si pueden pasar las vacaciones de otoño aquí y quisieran también traer a un primo con ellos.

–¿Quién escribió, pues?

–Delma.

El hermano se rio. –Ja, ja, ¿es que también la consideras ahora como un muchacho?

La cara de la tía Thea se puso seria. ¿Acaso se podía considerarla de otra manera?

–No importa, Thea, la muchacha es muy buena, pese a su traviesa petulancia. Él suspiró y agregó: –¿No será demasiado para tu economía casera, ya que este año parece que la escasez será el jefe de cocina? A esa edad, los cinco pueden barrer con todo.

Thea se rio como tan solo ella podía hacerlo: clara y alegremente. Una hora más tarde el cartero se llevó una carta para la sobrina y los sobrinos. Delma, sus tres hermanos y el primo fueron cariñosamente invitados a pasar las vacaciones en Rosenhain (Floresta de las rosas).

\* \* \*

Entonces llegaron. Esto sí que trajo vida. Desde la mañana temprano hasta el crepúsculo andaban por el patio, en los establos y a la orilla del mar. Quedaba olvidada la pequeña vivienda alquilada en el cuarto piso de un inmueble de la ciudad, olvidado el severo «tener que» del estudio, del trabajo y de la tremenda lucha por algún progreso en la escuela, para que la madre no tuviese que preocuparse también por ello. Los que no tienen más padre, deben estar doblemente al lado de su madre y hacerle la vida más fácil en todo lo posible. Aquí, en Rosenhain, por una vez podían olvidar todo eso, aquí podían correr y disfrutar de lo lindo. Pero no por eso se iban a olvidar de su mamá y de los dos pequeños que aún no iban a la escuela. ¡Oh, no! Casi cada día juntaban tesoros de toda clase para llevárselos cuando regresaran. Y este año el tiempo era tan lindo. Ya hacía ocho días que estaban en Rosenhain y no hubo un solo día de lluvia.

–No lo digas tan fuerte, Otto; el tío Mario cada vez se queda más callado –pidió Delma. Observa su cara pálida. ¡Aquí el campo necesita lluvia urgentemente!

–Sí, soy un torpe –repuso Otto y meneó la cabeza como desaprobación de sí mismo. Ayer nomás tío Mario me habló de sus preocupaciones; como no ha llovido, la gente y los animales apenas si tendrán lo indispensable, y si no llueve ahora puede suceder lo mismo el año próximo, pues en esta tierra reseca no puede germinar ni crecer el trigo.

–Para nosotros, por cierto, es muy lindo que no llueva, pero espero que llueva a cántaros una vez, de manera que nos empapemos por completo antes de que podamos volver corriendo de la playa.

Pero el deseo de Delma parecía no cumplirse, pues un fuerte y seco viento sopló el día siguiente sobre los resecos rastros.

\* \* \*

–El mar ruge hoy –dijo el anciano pastor de ovejas.

–Tenemos que ir a verlo –dijeron los chicos y corrieron rápidamente a la playa. Se quedaron parados sobre una alta duna. El viento se había vuelto tempestad. Tuvieron que aferrarse uno a otro para poder resistirle. Debajo de ellos, una tras otra las altas olas tronaban, se arrojaban rugientes sobre la orilla y volvían al mar. Pero tras cada una que se volvía venía la siguiente y chocaban espumantes una contra otra. La clara espuma burbujeaba en la cresta de las olas.

Mudos, los niños volvieron a casa. “Porque yo el Señor que agito el mar y hago rugir sus ondas, soy tu Dios”. Ellos conocían este versículo y siempre tenían que recordar al «grande», su hermano mayor que había partido como grumete a fin de no ser una carga para su madre, según había dicho. Pero ellos preferían escuchar la historia del Señor Jesús cuando había apaciguado la tempestad y las olas.

Un día duró la tormenta del norte. Trajo marea alta. Luego, de repente, el viento dio vuelta y a la mañana siguiente silbaba sin cesar con la misma fuerza desde el sudeste. Había empujado hacia atrás las masas de agua. Desde la ventana se veía un largo banco de arena.

–¿Podemos ir? ¿Podemos vadear hasta allá?

La tía Thea dio el permiso y los niños se fueron con palas y baldes. Querían pescar las pequeñas anguilas de arena, brillantes como la plata, que se escondían en las arenas mojadas cuando el agua retrocedía demasiado rápidamente. Eran muy ricas fritas. Y sobre el banco de arena de más atrás quedaban muchas conchillas, grandes y blancas. Se las podía pintar y también colocar en ellas alfileros. Esto daba la posibilidad de traer lindos regalos a los amigos de la casa.

Ya estaban abajo. –¡Anguilas! ¡Anguilas! –gritaba Delma.

–¡Aquí, aquí! ¡Si pululan que da gusto!

–¡Y aquí también! ¡Y qué grandes!

–¡Oh, pero estos son bacalaos! Realmente entre el primero y el segundo banco de arena el agua aún formaba largos esteros de mar y dentro de ellos pululaban peces grandes y pequeños. Trataban de llegar a aguas más profundas. Golpeaban con sus colas e iban de aquí para allá. Los niños se quedaron mudos por un rato.

–Seguramente son miles –gritó Otto–, tenemos que decírselo al tío.

Delma quería salir corriendo.

–¡Detente! ¡Detente! Ven, primero vamos a llenar nuestros baldes para tía Thea. ¡Cómo se alegrará!

Entraron como un ventarrón en la cocina con su botín, riendo y gritando.

–Primero muestren la pesca al tío, así como la tienen. Justamente allí viene cruzando el patio para tomar el desayuno –dijo la tía, excitada.

Todos querían ser los primeros en contar lo de la pesca al tío Mario. Este apenas pudo entender de qué se trataba.

–¿De veras? ¿Tantos? –preguntó él. Por ahora dejen sus baldes en el galpón y vengan conmigo. Quiero ver si vale la pena enviar a gente a pescar.

–¡Sí, tío, vas a ver! Ya no se pueden contar. Hay millones, te digo; no, creo que mil millones.

–Bueno, bueno –dijo el tío, dudando y sonriendo.

Ya estaba también él de pie en la playa. Se quedó silencioso. Se colocó sus lentes. Miró hacia la derecha y hacia la izquierda. Volvió a guardar sus anteojos, tomó su pañuelo, se sonó la nariz unas cuantas veces con fuerza y dijo con una extraña y ronca voz:

–Dios nos cuida.

También los niños se quedaron quietos. Pensaban en las pocas papas, en las vacas flacas y también en la escasez que había en la mesa de casa en la ciudad. Sí, el tío Mario tenía razón.

–¡Oh, sí, Dios nos cuida! –exclamó también Otto, contento. ¿Podemos ahora comenzar a pescar?

–Sí, adelante, muchachos. Delma, tú vas a casa a decir a la tía que prepare y junte todos los canastos; en seguida los van a retirar. Y ustedes, muchachos, corran a casa de los vecinos y díganles de mi parte que vengán a la playa a buscar peces, todos los que quieran. Yo voy a la granja y aviso a nuestra gente.

¡Qué actividad había en la playa media hora más tarde!

Vinieron con carretillas y baldes, con canastos y bolsas; comenzaron a sacar peces y arrastraban pesadas cargas al volver a sus casas con el regalo de Dios.

Como si se le hubiese dado cuerda, Delma iba de aquí para allá. –Esto es maná, tío –gritó ella–, así me lo imagino yo, solo que ahora viene del agua y no del cielo.

–¡Pues, sí! del cielo, Delma, porque el viento empujó los peces todos juntos con tal fuerza que no pudieron irse tan pronto como el agua se escurría.

–Sí, tío, esto es maná... Y Delma, al tiempo que agarraba un gran pez y lo ponía en su canasto, agregó: –Tú te vienes conmigo para mamá. Se enderezó para sacarse el rubio pelo de la frente. Entonces vio a su lado a una mujer anciana, a la que la tía Thea bien conocía.

–¿No tienes más que eso? –le preguntó Delma mientras señalaba el canasto de la anciana.

–No, niña, ya no puedo más. No puedo agacharme con mi espalda tan dolorida.

–Yo te ayudo, abuela. De todas maneras, lo que tengo para mamá es suficiente. Uno, dos, tres... iban cayendo los pescados en el canasto de la anciana.

–Ya no, hija, mi querida niña, es suficiente. Detente ahora y piensa en tu madrecita.

–Abuela, un poco más –dijo Delma.

La anciana se apoyó en su muleta. –¿Sabes? Compartimos la pesca y por ello ahumaré tu parte para tu madre.

–¿De veras que lo harás? ¿Te tomarás tanto trabajo? Entonces, ¿mamá podrá guardar los pescados durante mucho tiempo?

–Largo tiempo, niña. Yo los ahúmo bien.

–Eso ya lo sé, tía Thea me lo dijo una vez. ¡Gracias, abuela, gracias! Eres muy buena. Pero ¡ahora verás cómo me puedo dar prisa!

Sí, Delma se esforzó enormemente; luego, uno tras otro, vinieron los muchachos y, cuando oyeron acerca del convenio, ayudaron también diligentemente.

De nuevo se alegró Otto y dijo: –Juntemos siempre más, pues los que no comamos nosotros podremos usarlos en la feria de la Misión, pues todos los compran con gusto.

\* \* \*

Ellos no prestaban atención a nada que no fuese su pesca, cuando, de repente, Delma gritó, gozosa: –¡Tío, llueve!

Sí, llovía. Grises y bajas nubes colgaban del cielo. Empezó a gotear despacio y parejo. La lluvia se hizo cada vez más finita y tupida y envolvió todo como un velo impenetrable y mojado. Toda la gente en la playa se volvió silenciosa. Todos experimentaban que “por la misericordia del Señor no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana”. Él daba bendición para el invierno y bendición para el año venidero, pues ahora se podría sembrar y esperar una buena cosecha para el año siguiente.

A la noche los niños se fueron a la cama, muertos de cansancio, pero en la cocina y en muchas casas vecinas las luces quedaron encendidas hasta tarde. Había que preparar en seguida la bendición de Dios, si no los pescados se echarían a perder. Aquí había un gran barril, lleno de pescados cubiertos de sal; allá, sobre el fogón, se hallaba una enorme olla en la cual se echaban los más pequeños para ser cocidos en vinagre; y en largas filas los pescados mejores y más grandes estaban colgados en fuertes ganchos puestos en largos palos. Al día siguiente, muy temprano, debían ser llevados al ahumadero.

Llovió todo el día siguiente, y siguió lloviendo. Pero los chicos no se quejaron, como otras veces cuando llovía en las vacaciones, lo que les impedía jugar al aire libre. Se divertían más que nunca.

Todos los días iban corriendo a la casa de la abuela y ella les mostraba sus pescados a través de la tapa del ahumador. ¡Oh! ¿qué iba a decir su madre? ¡Si tan solo ya fuese tiempo de ir a verla! También estaban dispuestos a volver a la escuela, pero ante todo deseaban que ya fuese el momento de poder entregarle esa riqueza a su madre.

Finalmente se acabaron las vacaciones; la hora de partir había llegado. El sol brillaba luminoso en el cielo. El mar, de un azul verdoso, murmuraba suavemente.

–¡Gracias, tío! ¡Gracias, tía Thea!... Delma casi estranguló a la tía con su impetuoso abrazo. Ahora vino el último beso.

–¡Hasta la vuelta, niños! ¡El Señor les guarde!

El coche dio vuelta en la esquina; el mar estaba delante de ellos. ¡Gracias, gracias! –pensó Delma y miró por sobre el agua, a lo alto. A su lado estaba el gran canasto para su madre.

Hoy el tren marchaba demasiado despacio. Impacientes, los chicos contaban las estaciones. Cuando por fin pudieron bajar, casi olvidan sus maletas; todos se preocupaban solo por el canasto, cada uno quería ser quien se lo entregase a su madre.

Ella no entendió en absoluto qué era lo que ocurría, hasta que los chicos arrastraron un pesado canasto y lo colocaron delante de sus pies. Ocho manos lo abrieron y cuatro voces exclamaron:

–Mamá: ¡nuestra labor de vacaciones!

–¡Nuestra mayor diversión, mamá!

–¡Nunca fuimos tan ricos!

–¡Esto es maná, verdadero maná!

Y la madre se alegró sobremanera.

–Sí, hijos míos, Dios nos cuida. Él cuida a todos los que le son fieles y confían en él.



## Dos de menos

–¡Miren aquí! –dijo Ana al entrar barriendo, y cerró la puerta con fuerza tras ella. Miren, el abuelo me dio veinticinco peniques. Sí, veinticinco peniques porque saqué el polvo de su habitación y ordené todo. ¿No es magnífico?

Excitada, saltó a través de la pieza y con ojos brillantes miró a sus hermanas Elena y Maya, quienes leían sentadas junto a la ventana.

–¿Y qué? –dijo Elena con tono de superioridad. No necesitas presumir por eso; Maya y yo recibimos igual cantidad hace un rato cuando estuvimos con él.

La cara rosada y redonda de Ana se alargó y el brillo desapareció de sus ojos. No porque envidiase a sus hermanas por los veinticinco peniques, en realidad no... solamente se preguntaba si habían trabajado tanto como ella.

–¿Por qué...? Quiero decir ¿cómo ganaron ese dinero? Mientras tanto, ella jugaba con su dinero y observaba a sus hermanas con mirada interrogativa.

–No lo ganamos, el abuelo simplemente nos lo dio. Seguramente le pareció que nos comportábamos bien y quiso premiarnos por ello.

Ana sacudió la cabeza y pronunció un ¡bah! tan expresivo que no cabía ninguna duda de que consideraba la opinión de Elena como muy tonta.

–¿Qué van a comprarse con ese dinero? –preguntó entonces. Yo tengo la intención de comprarme chocolate, caramelos; tal vez también masitas de miel y almendras tostadas y...

–Yo me compraré tortitas de vainilla –anunció Maya.

–Claro, yo también –dijo Elena–, esas lindas tortitas que se pueden conseguir en la confitería de Martenson.

Ana reflexionó un momento. –Entonces yo también me compraré algunas. Creo que son más ricas que el chocolate, los caramelos y todo lo demás. ¡Eso será regio: tortitas de vainilla de Martenson!

–Mira si eres tonta –dijo Elena–, primero quieres comprarte chocolate, caramelos y quién sabe qué con tus veinticinco peniques y ahora, porque nosotras queremos comprarnos tortitas de vainilla, tienes que hacer lo mismo.

–¡Oh, qué odiosa eres! –exclamó Ana, indignada. ¿Crees que solo tú tienes la idea de comprar tortitas de vainilla de Martenson? Como si antes que tú mucha gente no hubiese hecho lo mismo. ¡Oh, sí! muchos otros tienen el mismo buen gusto que tú, y es a ellos a quienes imito.

Diez minutos más tarde estaban las tres niñas en la confitería, sacaron el dinero de sus bolsillos y Elena hizo tres pedidos de veinticinco peniques de tortitas de vainilla.

–Pero, por favor, en tres bolsitas, una para cada una.

–Sí, por cierto, tal como las pequeñas señoritas lo desean –dijo sonriendo la vendedora. Tomó tres bolsitas y, mientras tres pares de ojos la observaban atentamente, pesó cada bolsita con las tortitas. Luego la vendedora cerró cada bolsita y se las entregó a las tres niñas, quienes, luego de poner su dinero sobre el mostrador, agradecieron y salieron corriendo, cada una asiendo fuertemente su bolsita.

Se sentaron en un banco de una pequeña plaza, abrieron cuidadosamente sus bolsitas y contaron cuántas tortitas habían recibido.

Y entonces Ana descubrió que sus hermanas habían recibido cada una dieciocho tortitas y ella solo dieciséis. Las contaba y recontaba, pero el resultado era siempre el mismo: tenía dos menos que Elena y Maya.

–Pero ¡quiero tener la misma cantidad que ustedes! –exclamó indignada, y corrió de vuelta a la confitería y contó allí qué infortunio le había ocurrido.

–Eso se debe a que tus tortitas son algo más gruesas que las de tus hermanas –la consoló la vendedora. Como las tortitas se venden por lo que pesan, tienes igualmente la misma cantidad que tus hermanas.

Pero esta explicación no satisfizo a Ana. Porfiadamente permaneció delante del mostrador e insistió en tener la misma cantidad que sus hermanas.

–Entonces tus hermanas tienen que darte algunas de sus tortitas –dijo la vendedora terminantemente.

Ana tuvo que conformarse y finalmente se fue. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y, enojada, murmuraba para sí: –¡Qué vendedora más mala!

Cuando se hubo reunido con sus hermanas rompió en fuerte llanto: –Solo tengo dieciséis tortitas y ustedes dieciocho, ¡es injusto! –gritó y, siempre llorando amargamente, volvió a contar sus desdichadas tortitas. Pero siempre eran y seguían siendo dieciséis.

–No tienes que ser tan envidiosa, Anita –la amonestó Elena. Mamá siempre dice que debemos desearnos lo mejor.

Ana lanzó a Elena una mirada de reproche.

–¿Ah, sí? Entonces podrías regalarme una de tus tortitas –replicó ella sarcásticamente.

Elena reflexionó un momento. –¡Oh, no! No lo hago porque eres tan envidiosa –respondió al fin y cerró su bolsita con fuerza.

–No sería nada bueno para ti que se hiciera siempre tu voluntad –se entremetió Maya. Por eso nos quedamos con nuestras tortitas... solo por tu bien, para que aprendas a no ser tan envidiosa, ¿comprendes?

–¡Gracias! ¡Oh, qué amables! –replicó Ana, y se puso de pie. Gracias, muchas gracias por preocuparse tanto por mí. Y enojada se fue a casa. Su corazón estaba lleno de amargos pensamientos. ¿Habría en el mundo otras hermanas tan malas y otra vendedora tan injusta y egoísta como la de la confitería de Martenson? ¡Seguramente que no, ni aquí, en Suecia, ni en ninguna otra parte!

Cuando la madre vio a Ana, en seguida notó que algo debía de haber pasado, pues la siempre tan alegre carita de su hija menor parecía muy malhumorada y terca.

–¿Qué te pasa? ¿Estás afligida? –averiguó su madre.

La niña no contestó, sino que miró hacia adelante, enojada. Más tarde Elena y Maya contaron detalladamente lo sucedido en la confitería.

La madre escuchó todo atentamente. Entonces tomó a Ana en sus rodillas, le acarició el cabello, sacándoselo de la frente y le dijo cariñosamente:

–Anita, no debes creer que ustedes tres siempre recibirán lo mismo en el futuro. Puede ser que una reciba mucho más y las otras menos, pero no por eso deben envidiarse mutuamente.

–Sí, pero si pagamos lo mismo...

–Tampoco entonces, Anita. Puede ser que una pague mucho más y, pese a eso, reciba menos que la que pagó poco.

Sorprendida, Ana miró a su madre. –¿Y por qué eso? No lo entiendo.

–Quizás tengas que trabajar desde la mañana temprano hasta muy entrada la noche para ver cumplido uno de tus deseos y, sin embargo, pueden pasar muchos años antes de que te sea concedido, mientras que Maya, quizá sin ningún esfuerzo, reciba lo mismo.

–¿Qué cosa, mamá?

–Bueno, por ejemplo, la salud. Hay niños que siempre están sanos y no necesitan hacer nada para estarlo. En cambio, otros están muy enfermos y por mucho tiempo; los padres tienen que llamar a un médico tras otro para que los aconsejen, y se preocupan y lloran junto a la cama de sus hijos y, a pesar de esto, estos no se sanan. Piensa cuántas tortitas menos reciben esos niños en comparación con los sanos. Y ¡cuánto tienen que pagar: dinero, preocupaciones, velar, desear, esperar, perseverar...!

La pequeña Ana miraba pensativa ante sí. –¡Pero eso es injusto, mamá!

–No lo creo, hija mía, pues Dios así lo ordenó, y determinó que uno reciba «mucho» y otro «menos». Él permite que uno sea rico y otro pobre, uno sano y otro enfermizo... y él sabe lo que hace, aunque nosotros a menudo no lo entendamos.

Ana siguió muy pensativa. Su madre no dijo nada más, sino que le dio un beso a su hija, la bajó de sus rodillas y la animó a que fuera a jugar.

\* \* \*

Unos días más tarde, cuando la madre fue de compras con Ana, encontraron a un niño que tenía una pierna paralizada y apenas podía moverse con muletas. Pese a todo, el muchacho no tenía aspecto de desdichado. Ellas lo conocían y sabían que había sido herido en un accidente y también que su madre estaba muy enferma. La mamá de Ana le dio una moneda y lo invitó a que se comprara tortitas de vainilla en la confitería de Martenson. Al pequeño se le iluminó toda la cara; dio las gracias y se fue brincando hasta la confitería.

–¡Qué pocas tortitas recibió ese pequeño! –dijo la mamá de Ana cuando siguieron su camino.

Ana miró a su madre con grandes ojos. –Pero, si él todavía no compró ninguna tortita...

—¿No me comprendes, Anita? Mira: él está inválido y su madre está enferma. Tú, en cambio, estás sana, puedes correr y saltar como quieras. Reflexiona cuán poco ha recibido él y cuánto te ha regalado Dios a ti. Además, pese a todo, se le ve feliz mientras tú, el otro día, llorabas amargamente porque habías recibido dos tortitas menos que tus hermanas.

Ana pensó largamente en esto. Por fin miró a su madre y le prometió: —No me quejaré nunca más, te lo aseguro, si no recibo tantas tortitas como quisiera tener.

## El negro Iván

Iván, revisor en el ferrocarril Tisca, que unía San Petersburgo con Moscú, subió rápidamente los escalones del primer vagón a fin de verificar, como era su obligación, si algún viajero se había quedado dormido y pasado de la estación en que debía bajar o si había olvidado algo de valor en algún compartimento. Desde la calle cercana resonaban voces que llegaban hasta él: —Bulevar Arcángel, ¡quince copeques! —¡Cincuenta, señor, dé usted cincuenta! ¡Qué bien conocía esos pregones! Diariamente oía ese regateo con los carreteros y el agitado desorden de la vida de la estación.

A la hora en que otras personas estaban tranquilamente sentadas tomando el desayuno antes de ir a su trabajo, él tenía que hacer su caminata por el tren, después de su fatigoso turno de noche, antes de poderse ir a casa.

Iván era un hombre robusto, de larga y oscura barba y negras cejas. Pero, si uno lo miraba a los ojos con atención, descubría en ellos una mirada amable y, si no hubiese sido por su barba tan espesa, a menudo se lo habría visto sonreír, pese a que su voz sonara fuerte como si estuviese furioso. Era verdaderamente imposible notarlo y ni siquiera su esposa podía habitualmente distinguir si en realidad estaba enojado o tan solo aparentaba estarlo. Solo una persona no le temía a Iván: su hijita, la única. En ese momento él pensaba en Slavka, mientras levantaba unas hojas de diario que un viajero había dejado y con el pie empujaba a un lado unas cuantas cáscaras de naranjas. En la tercera clase siempre había un terrible desorden y mucha suciedad; pedazos de papel y botellas vacías estaban tiradas por ahí. De repente se detuvo, miró fijamente al piso y se agachó con lentitud. ¿Qué era eso? Vio una manito; verdaderamente un niño estaba tendido allí, debajo del banco. Con toda seguridad que no tenía billete y por eso se había escondido; durante el viaje se había quedado dormido y no se había dado cuenta de que hacía rato que el tren se había detenido.

Iván se puso en cuclillas y sacó al pequeño. Este se restregó los soñolientos ojos. El disgusto de Iván se transformó instantáneamente en compasión. ¡Qué pequeño y pálido era el pobre chico! El hombre pensó en su pequeña Slavka de mejillas rojas y redondas y ojos alegres; sí, ella tenía otro aspecto. Todavía seguía teniendo al niño firmemente del brazo. El pequeño no podía ver la sonrisa en sus labios, porque apenas se animaba a levantar los ojos del suelo. —¿Por qué te escondiste ahí? ¿Acaso viajaste sin billete? La voz de Iván sonaba tan severa y ronca como le resultaba posible. No era la primera vez que había atrapado a un polizón y sabía por experiencia cuán inútil era tratar de que dijese la verdad cuando no se tenía ninguna prueba. Si el muchacho había

llegado a Moscú sin billete y sin ser descubierto, entonces nadie podía probar que era un poli-zón, pues a los pasajeros se les retiraba el billete antes de llegar al final del viaje. Por eso, ¡qué sorprendido se quedó Iván cuando el pequeño, en vez de negar, solo le rogó en voz baja: –¡Por favor, por favor! ¡No se enoje conmigo! Tengo que ir a ver a mi mamá una vez más; está muy enferma y no tengo dinero para pagar el pasaje. Había grandes lágrimas en los castaños ojos del muchacho, quien ahora miraba tímidamente al severo revisor. ¿Descubrió algo en la cara de este que le dio ánimo? Era como si respirara aliviado.

–¿De dónde vienes y qué le pasa a tu madre? –preguntó Iván mientras se sentaba pensativo en el banco.

–Vivimos en Alexandrovsko –explicó el pequeño. Mi madre se enfermó y la trajeron a un hospital de Moscú. Siempre tengo que quedarme con el tío Andrés y la abuela. Ayer a la noche volvió el tío de Moscú y contó que el médico había dicho que mamá iba a morir. Le pedí varias veces al tío que me trajera para verla, pero se enojó y dijo que ya tenía bastante molestia conmigo como para que yo todavía viniera con cosas innecesarias. Entonces me escapé a hurtadillas y me escondí debajo del banco cuando nadie prestaba atención. Temeroso, el muchacho miraba al hombre de la barba negra y tupida.

–¿Dónde está tu madre? –preguntó este. ¿Cómo vas a encontrar el camino para llegar hasta ella?

–Yo... ya me las arreglaré. Preguntaré a la gente que encuentre. Ella está en el hospital ubicado junto a la Tverskaya.

–Sí, pero ¿cómo piensas volver después a tu casa, si no tienes dinero? No pensarás esconderte otra vez debajo de un banco en el tren. La voz de Iván sonaba amenazadora.

–No, no, ¡seguro que no! Solo lo hice esta vez porque tenía miedo de llegar demasiado tarde. De vuelta iré a pie, pues puedo caminar mucho. El niño estiró su flaco cuerpo.

–¿A pie hasta Alexandrovsko? ¡Oh, pobrecito! –murmuró compasivamente Iván. Entonces se levantó, tomó al niño de la mano y le dijo: –Ven.

Bajaron la escalera de la estación y caminaron durante un rato en silencio, uno al lado del otro, siempre tomados de la mano.

–Te pondré en el tranvía –dijo Iván finalmente–, con este viajarás hasta el hospital. Tienes que prestar atención y bajar cuando el cobrador anuncie «Tverskaya». Es la gran casa blanca de la esquina; allí entras. Y ahora algo más: cuando hayas visitado a tu madre, bajas por la calle hasta la última casa, una pequeña casa que está a la izquierda. Allí vivo yo. Te daré algo para comer y a la tarde te llevaré conmigo a Alejandrovsko.

Los ojos del muchacho brillaban de alegría, pero las últimas palabras proyectaron una sombra sobre su cara. Ello no se le escapó a Iván, pues lo miraba con atención.

–¿No eres feliz en la casa de tu tío y de tu abuela? –le preguntó.

Entonces el niño estalló en llanto. –No –sollozó–, ellos no nos quieren ni a mamá ni a mí. Siempre dicen que somos bocas inútiles, porque mamá está enferma y yo soy muy chico para ganar algo.

–¿Es que no tienes padre?

–No..., hace mucho que murió.

En eso llegó el tranvía y puso fin a la conversación.

Iván le entregó al pequeño una moneda de diez peniques. –Después, ven de verdad a mi casa –le dijo al partir. Entonces volvió lenta y pensativamente a la estación, donde aún tenía algo que hacer.

–¡Pobre chico! –se repitió Iván varias veces para sus adentros. No podía olvidar la temerosa mirada del niño. –Tengo que hacer algo por él. No tiene que volver al lado de su tío. Lo que más me gustaría sería que se quedara conmigo. A menudo Slavka está muy sola y con el tiempo él podría ayudarme en algo. Hacía planes cada vez con más entusiasmo y se le ocurría toda clase de ideas. De pronto, sin embargo, se detuvo asustado y se golpeó la frente: –¿Qué diría María, su esposa, a eso?

Todos los que conocían a Iván y a María pensaban que la delicada y suave mujer debía sentir un gran respeto por su esposo, aun bastante temor; sin embargo, todos se equivocaban. En el fondo, era Iván quien sentía respeto por su pequeña esposa y quien gustoso le hacía caso. ¡Era tan inteligente su María!



Al irse a casa trató de imaginarse lo que diría su comprensiva esposa acerca de sus planes, y suspiró. Le parecía oír su suave y tranquila voz que le expresaba con firmeza algo que no admitía ninguna contradicción: –Iván, otra vez tu corazón venció a tu cabeza. ¿Cómo pudiste dejar ir al chico sin saber si todo eso no es mentira? Él volverá a esconderse bajo un banco y viajará sin billete. Ni siquiera le preguntaste por su nombre y el de su padre. Ahora el niño tendrá que comer aquí y deberá pagársele el pasaje de vuelta tan solo porque supo arreglárselas para mentirte. Cuanto más cerca de su casa llegaba, tanto más abatido se sentía y, sin embargo, no podía olvidar los ojos del pequeño desconocido. ¡Había confesado tan honestamente que había viajado como polizón! ¡Seguro que tampoco después había mentido!

Al mismo tiempo, María volvía del mercado con la pequeña Slavka de la mano y un canasto colgando del brazo. Ella era una pequeña y frágil mujer. La niña saltaba alegremente a su lado.

–Mamá –exclamó Slavka–, verás que la comida no estará lista a tiempo y papá tendrá que esperar. Pero eso no importa; cuando reciba la sopa de repollo con tanto tocino, se alegrará, aunque la comida haya tardado más que otras veces, ¿no te parece?

–Sí, seguro que se alegrará.

–Imagínate, mamá –contó Slavka–, Romero, el de la panadería, me preguntó esta mañana si yo no le tengo miedo a papá cuando me lanza por el aire como lo hace tan a menudo y cuando me hace montar a caballo sobre sus hombros. Él le teme a papá por su barba tan oscura. Dice que es un hombre malo y que seguramente tú también le temes.

La madre sonrió. –La gente piensa así porque él tiene una voz tan ronca –dijo ella–, pero nosotras dos lo conocemos mejor y sabemos qué bueno es, ¿no es cierto?

La niña asintió con fervor. De repente se detuvo y tiró de la manga de su madre. –Mamá, mira ¡allí hay un niño que llora tremendamente!

Sí, en la entrada del hospital había un muchachito que cubría su cara con las manos y sollozaba sin preocuparse por las curiosas y compasivas miradas de los transeúntes que pasaban. María fue hacia él y le tocó el hombro suavemente.

–¿Por qué lloras? –le preguntó con amabilidad.

El muchacho la miró desconsolado con sus ojos enrojecidos por el llanto.

–Ella ha muerto –susurró él.

–¿Quién ha muerto?

–Mi mamá... murió anoche y... ¡oh, yo deseaba tanto verla una vez más! Ahora quedo solo.

–Pobre chico –dijo María en voz baja y le acarició cariñosamente la mejilla. ¿Dónde vives?

–En Alejandrovsko.

–¡En Alejandrovsko! –exclamó ella, sorprendida. Está a dos horas de aquí. ¿Viniste solo? ¿Dónde está tu padre?

El pequeño levantó los hombros tristemente. –No tengo padre.

–¿Y viniste completamente solo a Moscú? –se extrañó la mujer.

–Mi tío y mi abuela se enojaron cuando quise venir; entonces me escapé.

–¿Y cómo te las arreglaste solo aquí en la gran ciudad, mi pequeño? –averiguó ella.

El niño desconocido se enderezó y respondió, orgulloso: –No soy pequeño; tengo nueve años.

Sin querer, María comparó al pequeño con su fuerte Slavka, quien era media cabeza más alta que él, aunque solo tenía ocho años.

–Tienes que volver lo más pronto posible a Alejandrovsko –dijo María–; tu abuela y tu tío han de estar muy preocupados por ti. Pero primero ven a nuestra casa y te daré algo de comer. ¡Estás tan pálido y cansado...!

Apáticamente el chico se fue con ellas, mientras Slavka lo observaba con grandes y asombrados ojos.

–¿Estará enojado tu tío cuando vuelvas? –le preguntó María.

–Sí, mucho, él siempre está enojado conmigo y la abuela también. Mamá me quería y ahora no tengo más mamá...

En los ojos de María aparecieron lágrimas y apretó con más fuerza la pequeña mano. Slavka exclamó: –¡Entonces debes quedarte con nosotros! No debes volver con tu tío malo. Siempre he deseado tener una hermana, pero igualmente será bueno un hermano. ¿Te quedas con nosotros? Di que sí.

–Pero, Slavka, ¿qué tontería estás diciendo? –la reprendió su madre, de modo que la niña calló, asustada, y por un rato no se animó a decir nada. Pero cuando no pudo más le preguntó en voz baja al desconocido muchachito:

–¿Cómo te llamas?

–Palko.

–Yo me llamo Slavka. Qué bien suenan juntos ¿no?

María reflexionaba mientras caminaba. ¿Estaría bien mandar de vuelta a esa criatura con sus parientes tan severos? ¿O quizá Dios les había enviado a ese muchacho sin madre para que ellos lo recibiesen en su casa? Pero, ¿qué diría Iván a esto? Al fin y al cabo era él quien tenía que mantenerlos a todos y su trabajo no era liviano. Seguro que armaría una pelea...

En eso, Palko se detuvo de pronto. –¡Yo tenía que ir a la casa de ese hombre bueno! –recordó.

–¿Qué hombre bueno?

–El revisor del tren me pescó y al principio estaba muy enojado porque yo no tenía billete, pero de repente fue tan bueno conmigo... Me llevó al tranvía y además me dijo que fuese a almorzar a su casa. También vive en esta calle.

–¿Cuál era su aspecto? ¿Tenía una gran barba negra y una voz muy fuerte? –preguntó María, expectante.

–¡Ese es él! –exclamó Palko. ¡Allí viene!

–¡Papá, papá! –exclamó en ese mismo momento Slavka y corrió hacia su padre.

–Así que ese es el hombre bueno –pensó María, y sus ojos brillaban. Sí, yo sabía que es bueno... ¡pese a su voz fuerte!

\* \* \*

Mientras la madre cocinaba la sopa de repollo, el padre estuvo todo el tiempo de pie a su lado y hablaba con ella, para gran sorpresa de Slavka. En realidad él debería notar que todo iba más despacio cuando la madre volvía a dejar la cuchara y miraba hacia adelante pensativamente. También Palko, con ojos hambrientos observaba el pedazo de tocino que aún estaba sobre la mesa limpiamente cepillada y que esperaba ser echado en la sartén.

María pensaba en algo muy distinto. Pensaba en un versículo de la Palabra de Dios: “Y cualquiera que reciba en mi nombre a un niño como este, a mí me recibe”.

–Tomaré coraje –se dijo a sí misma. Ya que fue tan bueno con el niño, puede ser que con gusto quiera hacer algo más por él.

Pero Iván se le adelantó:

–María, ¿qué te parece?... –dijo vacilante, y su ruda voz sonó muy suave y baja. ¿Tenemos verdaderamente que mandar al pequeño Palko con sus parientes, a quienes molesta, y que le han hecho pasar bastantes horas amargas? Mira qué delgado y pálido está. Nuestra Slavka lo pasa mejor...

–Iván, ¿lo dices en serio? ¡Oh, yo sabía que tú eres el mejor de los hombres! Y la pequeña mujer corrió hacia los niños, tomó a Palko en sus brazos y exclamó: –¡Ahora te quedarás con nosotros! Y a su hijita le dijo, riendo: –Slavka, ¡tendrás verdaderamente un hermano!

–Esta tarde voy a viajar a Alexandrovsko –se propuso Iván–y conversaré con tu tío. Si él está conforme, tú serás nuestro hijo para siempre.

Qué radiantes estaban todos cuando Iván volvió al anochecer con la noticia de que todo estaba arreglado. –Dios se llevó a tu madre con él –le dijo a Palko–y ella está mejor allá que aquí; en cambio, tú no tienes que quedarte tan solo; nos perteneces ahora. Pero ¡no trates más de viajar más debajo del banco! De lo contrario, me despiden. Palko lo prometió. Puso confiadamente sus brazos alrededor del cuello del hombre alto y le rogó: –Pero ¡podrías llevarme contigo en el tren de vez en cuando, ya que ahora soy tu hijo! Y los cuatro se rieron de buena gana.

–¡Qué extraño! –pensó el panadero Romero, quien justamente pasaba por el patio y miró por la ventana iluminada. ¡Qué extraño! Hasta este niño desconocido se anima a sentarse en las rodillas del negro Iván y a abrazarle como si no tuviese miedo de él.

## La pequeña Sofía

En una quebrada encantadora se hallaba la casa de los granjeros. De un lado tenía muy cerca la orilla del bosque, y del otro estaba rodeada de praderas de un verde oscuro. En la primavera florecían allí dorados botones de oro, nomeolvides como ojos celestes y anémonas de un delicado color de rosa, junto al arroyo claro como el cristal. En el verano acudían muchos visitantes de la ciudad situada en lo más hondo del valle. Se sentaban delante de la casa de los granjeros y tomaban leche recién ordeñada. Mientras los mayores descansaban, los niños jugaban junto al arroyo, cortaban flores, también se quitaban zapatos y medias y, riendo y chillando, vadeaban el frío arroyo que descendía de la montaña. La casa de los granjeros era un verdadero paraíso, sobre todo para los niños de la gran ciudad, pero también para las personas de edad que no temían subir por el largo camino para respirar el magnífico aire fresco.

Por supuesto que en invierno la granja ofrecía otro panorama. Entonces estaba tranquila y silenciosa. Protegida de los cortantes vientos, por dentro era calentita y cómoda. Pero toda la pequeña quebrada estaba tan cubierta de nieve que el granjero y su peón tenían que abrirse camino con la pala para llegar a la gran carretera. Entonces, el alejado rincón del bosque era muy solitario, porque muy pocas veces algún habitante de la ciudad se animaba a subir por el sendero enteramente cubierto de nieve. Pero si esto sucedía alguna vez, en seguida se llevaba al visitante a la calentita habitación. Esa era una verdadera fiesta para toda la casa. La dueña preparaba rápidamente un humeante café y, junto con su marido, servían diligentemente al huésped que traía una bienvenida animación a la solitaria casa. En el invierno se llevaba diariamente la leche de las vacas a la ciudad, mientras que en verano a menudo esta no alcanzaba para todos los sedientos visitantes, grandes y pequeños.

No había más niños en la casa del granjero; ya eran mayores y habían formado sus propios hogares en otras partes. Por eso no era de extrañar que el granjero y su esposa se alegraran por la llegada del verano que les traía los huéspedes de la ciudad.

Mucho más arriba de la granja, más allá del bosque, sobre la meseta, se hallaba una pequeña aldea. Allí, en una de las más pobres casas, vivía la señora Teresa Navarro, una viuda que apenas podía ganar lo necesario para subsistir con su hijita Sofía. Su casita se veía siempre agradable y limpia. Sofía era su única hija, a quien deseaba educar muy especialmente en el temor de Dios.

Su única riqueza terrenal era su casita inclinada por el viento, su pequeño campo y dos hermosas cabras que le daban leche abundante y cremosa. En el verano, la madre llevaba todos los días una gran vasija de leche a la granja, donde se la compraban con gusto, pues a varios de los huéspedes el médico les había recomendado la leche de cabra. Además, la mamá de Sofía era una lejana pariente de los granjeros y estos querían a la modesta mujer y a la pequeña y animosa Sofía y trataban de ayudarles en cuanto les era posible. La señora Navarro les traía también fresas y frambuesas, como así también zarzamoras en el otoño. Siempre le compraban las frutas que buscaba en el bosque y se las pagaban bien. La pequeña Sofía se alegraba cuando podía ir a visitar a sus amables parientes.

\* \* \*

Ya había vuelto el invierno y hacía mucho tiempo que las dos no habían estado en la casa del granjero. La madre se había resfriado al ir a recoger leña y tuvo que quedarse en cama mucho tiempo. El médico al que había mandado llamar la había revisado cuidadosamente, le había prescrito un remedio y luego le había preguntado:

—¿Vivió usted siempre aquí arriba, en este nido de vientos?

Extrañada, la señora Navarro le había contestado: —No doctor, hace solamente algunos años que vinimos aquí, poco antes de fallecer mi marido. Previamente vivíamos en el valle, en los alrededores de la ciudad.

—¿Usted estaba más sana allí?

—Oh, sí —respondió la señora Navarro—, allí abajo me iba mucho mejor en cuanto a mi salud.

—Me lo imaginé —asintió el médico. Para algunos el aire puro y fresco de aquí arriba es muy bueno, pero el que no está acostumbrado a eso tiene problemas a menudo. Quizá usted debería volver a vivir en el valle.

Asustada, la enferma rechazó la idea diciendo: —¡Oh! no lo puedo hacer. ¿Qué piensa usted, doctor? Tengo que estar contenta de poseer esta casa y un pedazo de campo. En la ciudad tendría que pagar alquiler... No, no puede ser.

El médico, compasivo, se encogió de hombros y se despidió. Pero la señora Navarro tuvo que pensar largo rato en sus palabras. Por cierto que él tenía razón: el viento soplaba muy fuerte allí arriba. Pero también allí el sol brillaba más que en el valle. Sin embargo, ella no recordaba haber soportado tormentas como en ese lugar. De noche, a menudo los vientos aullaban alrededor

de la poco sólida casita como si quisiesen arrancarla de cuajo. También en el invierno hacía allí mucho más frío que en el protegido valle. Sí, ¡si pudiera volver al valle! Pero no había ni que pensar en ello. La señora Navarro se propuso desterrar esa idea de su mente, no apesadumbrar su corazón con cosas imposibles, y en cambio confiar en su Padre celestial, quien siempre le había ayudado a salir de apuros, aun cuando a veces estos habían sido muy amargos y pesados.

La pequeña Sofía sabía poco de estas preocupaciones. Por cierto que a la niña le afligía que su madre tuviese que guardar cama, pero frecuentemente decía: –Hoy estás mejor, ¿no es cierto, mamá? Pronto estarás del todo sana, ¿no es así? Aunque Sofía tenía tan solo seis años, ya podía ayudar muy bien a su madre. Mientras la madre estaba enferma, Sofía barría la habitación, quitaba el polvo, le alcanzaba agua para lavarse y calentaba la leche del desayuno. Una vecina dispuesta a ayudar venía a ordeñar las cabras. Finalmente, la madre pudo levantarse y hacer su trabajo. Pero había quedado débil y no se sentía bien. La fuerza que había tenido anteriormente no quería volver. A ello se le agregó una gran preocupación: el dinero, penosamente ganado en el verano, casi se había agotado. Si bien el médico no había querido cobrarle la revisión, los remedios habían sido caros. A causa de su larga enfermedad, tampoco había podido tejer o coser para las campesinas. Con un profundo suspiro contó el resto de su haber: tan solo dos marcos habían quedado y, por más que ahorrara, solo de leche de cabra no podían vivir ella y su hija y casi se habían acabado las papas...

Era febrero. Hacía días que soplaba el caliente viento del sur y la espesa capa de nieve acumulada durante el invierno se había derretido. Día y noche el viento había ululado alrededor de la casa. Ahora había dejado de soplar, y la mojada calle de la aldea, los jardines y los techos, todo brillaba con el sol, como si ya quisiera venir la primavera.

La señora Navarro había vacilado mucho tiempo; no quería comunicar sus preocupaciones a su hija. Sin embargo, terminó por llamarla a su lado.

–Sofía –le dijo, acariciándole los rubios y ensortijados cabellos–¿te parece que podrías bajar sola a la casa del granjero con una vasija de leche de cabra? Conoces bien el camino... y mira: el tiempo se ha vuelto tan suave y tibio que la nieve se ha derretido. Quién sabe, quizá ya hayan llegado los de la ciudad para tomar leche. Necesitamos tanto algún dinero... ¿Quieres probar?

–Sí, mamita. La pequeña Sofía miró a su madre tan cariñosamente como si hubiera querido decirle: –Por ti voy a cualquier parte.

—El camino es un poco largo y los días todavía son cortos —dijo la madre, preocupada—, pero ya bajaste a menudo conmigo a la casa del granjero. Y para volver aquí arriba, quizá el peón Segovia te acompañaría si llegase a ser algo tarde. ¿Temes mucho bajar sola por el bosque? ¡Ay! hija, no veo otra solución y oré tanto anoche... El Señor te protegerá, tendrá misericordia y nos ayudará. Confiemos en él. Quisiera ir yo misma, pero no me siento lo suficientemente fuerte como para hacerlo.

—¡Oh! mamita, no tengo temor, puedes quedarte tranquila. Conozco bien el bosque desde el verano y ya hace mucho que no hay lobos, ¿no es cierto? Entonces ¿qué me puede pasar?

—Sí, y estás bajo la protección de Dios —agregó la madre. Ahora, vé en su nombre. Pero no te quedes demasiado tiempo; vuelve pronto, antes de que oscurezca.

Envolvió cuidadosamente a su hija en su propio gran chal maravillosamente espeso y abrigado y cubrió el cuerpo de pies a cabeza. Eso era conveniente, porque aunque fuera había deshielo, hacía bastante fresco.

La pequeña Sofía se puso en camino. La madre se quedó mirándola cómo se marchaba alegre con la vasija; entonces juntó las manos y oró: —¡Oh, gran Dios y Padre, encomiendo a la niña a tus fieles cuidados!

Toda la linda nieve se había derretido; por todas partes había turbios charcos y una agua sucia corría por las laderas. Apenas se podía caminar por la calle; por eso Sofía marchaba por el costado, sobre el prado. Luego dobló a la izquierda, hacia el bosque. Siguió el angosto sendero por el cual ya había caminado a menudo. Allí el camino era más pedregoso y por eso no tan sucio. Sofía comenzó el descenso, llevando la vasija cuidadosamente en la mano.

Aunque conocía bien el camino, hoy le parecía curiosamente extraño y abandonado. El oscuro bosque de pinos en el cual penetró estaba inacostumbradamente silencioso. Solo las altas cimas de los árboles crujían suavemente y, de vez en cuando, ella oía el delicado piar de algún pájaro. Allí, en el bosque, el tibio viento no se había hecho sentir. En todas partes había nieve. Cuanto más descendía Sofía, tanto más invernal se veía la naturaleza.

Después de un buen rato, Sofía se encontró con una señora de la pequeña aldea que había estado de compras en la ciudad. La mujer jadeaba bajo la carga de su canasto. Cuando vio a Sofía, se detuvo: —¡Adiós, niña! ¿Adónde vas?

—A casa del granjero. Le llevo leche de cabra.



—Oh, niña —dijo la mujer, preocupada—, tienes todavía un buen trecho que andar. Ten cuidado de no resbalar con la vasija. Más abajo el camino está muy resbaladizo. Ayer, al bajar, quise pasar por la granja, pero no pude hacerlo y tuve que tomar el camino de la derecha, el que va a la ciudad. El arroyo se desbordó y se heló y todo es hielo. ¿Verdad que tendrás cuidado?

Sofía lo prometió, se despidió de la amable señora y siguió su camino. El corto encuentro le había dado ánimo. Después de todo no estaba tan sola en el bosque como lo pensaba. Entonces apareció el cartel indicador del camino que ella conocía bien desde el verano. El cartel extendía sus largos brazos y señalaba con uno «a la ciudad» y con el otro «a la granja». De modo que Sofía había hecho más o menos la mitad del camino. Respiró aliviada, buscó un lugar libre de nieve en el borde del camino y se sentó para descansar un rato. La vasija era bastante pesada y hoy el camino le parecía a Sofía muy largo, interminable. ¿Qué hora sería? Alrededor de las once había salido de casa. «A las doce y media estarás en la granja» —le había dicho su madre— «y aunque ya hayan comido, para ti seguramente todavía habrá un plato de sopa caliente». ¡Ah! qué rica será después del largo y fatigoso camino.

Pero ¿llegaría verdaderamente a tiempo? Le parecía que ya debía haber pasado la una... y le quedaba un largo camino. Pensar en la sopa caliente le hizo olvidar su cansancio. Rápidamente se puso de pie y siguió su camino. Ahora tendría que tener mucho cuidado, pues allí aún había raíces de árboles y piedras cubiertas de nieve sobre las cuales podía resbalar y caer.

El descenso se le hacía cada vez más fatigoso y lentamente empezó a sentir temor en su corazón. En el silencio del semioscuro bosque terminó por sentirse completamente abandonada, sí, olvidada por todo el mundo. Pensó: «Si mamá hubiera sabido cómo está ahora el bosque no me habría mandado tan sola aquí abajo». De nuevo Sofía tuvo que descansar, pues la vasija de leche le tiraba terriblemente del brazo. ¿Cómo se preocuparía su madre si supiese cuán largo y cansador se le hacía el viaje a su hija! Presurosa, Sofía volvió a levantarse. Pero había dado solo unos pocos pasos cuando resbaló y casi se cayó con su vasija. De repente recordó lo que la señora le había dicho: —El arroyo se desbordó hasta el camino y se heló...

Así era, realmente. Cuando hubo descendido un poco más y llegó al arroyo, en muchos lugares el hielo brillaba resplandeciente. Además, el valle se hacía cada vez más angosto y el camino más estrecho y peligroso. Sofía solo podía seguir adelante con gran esfuerzo. A cada paso tenía que mirar cuidadosamente dónde pisaba. Ahora no tenía tiempo de pensar en su madre. Finalmente el sendero quedó tan liso que puso la vasija sobre sus rodillas, se sentó y resbaló sobre el hielo. Pero ¡qué peligroso era esto! Cuando aparecieron otros lugares semejantes, Sofía abandonó

el sendero, subió a la izquierda por la escarpada ladera y siguió caminando entre los árboles. ¡Cuántas veces tropezó! ¡Oh, qué cansada estaba! Cada vez más a menudo se detenía, casi ya incapaz de dar un paso. ¿Dónde estaría la granja? En ese momento, para colmo, comenzó a nevar; grandes copos de nieve que flotaban entre los árboles contribuyeron a que la tarde se hiciese más oscura. ¿O era ya de noche? De nuevo creció un gran temor en el corazón de Sofía. ¿Estaba en el camino correcto? ¿O hacía rato que se había desviado? Temblando de miedo descendió de nuevo la escarpada ladera hasta el camino helado. Volvió a resbalar y se quedó largo tiempo tendida, quieta. Pero de nuevo se levantó. ¡Qué hambrienta y cansada estaba! Con las manos heladas sostenía todavía la vasija, pero ni había que pensar en beber de la tan valiosa leche de cabra. Estaba destinada para la venta y ella quería traer el dinero de vuelta a su madre.

Entonces Sofía vio allí, donde el camino se volvía a dividir, un gran cajón de madera. Estaba lleno de arena para esparcir en los lugares resbaladizos. Tenía un techo, de manera que la nieve no podía caer dentro. Con sus últimas fuerzas, Sofía se encaramó al cajón, juntó sus manitas para hacer la oración de la noche, encogió sus piernitas, se envolvió bien con el chal de su madre y se durmió.

\* \* \*

La sala de la casa del granjero se hallaba agradablemente calentita. En la estufa ardía un resplandeciente fuego y un aromático olor a café se esparcía por la habitación.

—¡Qué tiempo otra vez! —dijo el granjero. De nuevo comenzó a nevar. Hasta mañana todos los caminos estarán cerrados.

—Eso será peligroso para algunos, especialmente de noche —dijo la mujer. Anteayer uno se quedó tendido en la nieve por no haber dejado la taberna a tiempo para volverse a su casa. Lo leí en el diario.

—Y también habrá hielo resbaladizo —dijo el granjero, preocupado. ¡Qué bueno que yo haya ordenado a Segovia que colocara el cajón de arena en el cruce de caminos y que lo llenara. Si mañana está de nuevo tan resbaladizo, echaré arena en el camino que va a la ciudad, en los lugares más peligrosos. Podría ser que alguien quisiera subir hasta aquí. Seguro que nadie tomará el camino que va hasta la pequeña aldea de allá arriba.

–La nueva nieve cubrirá el hielo –dijo la señora–, ¿y quién se animaría a andar por tal camino con este tiempo? Ni a un perro se mandaría afuera. ¡Oh! ahora que lo pienso: ¿has hecho entrar a Sultán a la casa?

El granjero se levantó de golpe: –¡A ese lo olvidé por completo! Todavía debe de estar en el patio.

Salió a la oscuridad de la noche y quiso silbar al perro. Entonces lo oyó gemir y raspar el portón del patio con las patas.

–¿Qué pasará? –pensó el granjero. Sultán, ¡ven aquí!

El perro ladraba desesperado y seguía raspando el portón.

–¿Qué le pasará –se preguntó el granjero, extrañado. ¡Sultán!

El perro ladró de nuevo, se acercó unos pasos hacia su dueño y se volvió al portón para continuar raspando los tablones mientras gemía y aullaba desesperadamente. A cada instante se volvía para mirar a su dueño, como si quisiese decir: «Ven de una vez y ábreme. ¡Tengo que salir urgentemente!»

El granjero, meneando la cabeza, miró a su perro. En ese momento el peón salió del corral para ir a buscar alimento para las vacas. Se detuvo.

–Hace rato que Sultán está así –dijo, mientras se reía. Creo que está un poco loco. ¿Qué le estará pasando?

–Sultán es un animal inteligente. No debe de hacer eso sin una razón –reflexionó el granjero. ¡Vé, Segovia, y trae el farol del corral, pero rápido! Él, a su vez, volvió a la sala, abrió la puerta y gritó: –¡Mantén el café caliente, Tina, en seguida vuelvo! Luego salió. Sultán se puso loco de alegría cuando vio que su dueño abría el portón; salió disparando a grandes saltos, seguido del granjero y de Segovia, quien llevaba el farol.

–¿Qué podrá ser? –rezongó Segovia, a quien no le gustaba que lo molestasen en su trabajo. Quizá graznó un cuervo o es tan solo por la nieve que Sultán está tan enloquecido.

Pero el granjero hizo señas para que callase. Se detuvo y escuchó en el silencio. Sultán se había adelantado un buen trecho. Ahora se lo oía aullar a la orilla del bosque. Volvió gimiendo de vuelta, se apretó contra su dueño y corrió de nuevo hacia el bosque. Debía de haber descubierto algo y evidentemente quería que los hombres le prestaran atención.

–¡Qué extraño! –murmuró el granjero. Se hizo alcanzar el farol y caminó rápidamente tras el perro. De repente se quedó perplejo:

–¡Segovia, rápido, ven! Ten la luz; en el cajón hay una niña.

El peón, asustado, miró dentro del cajón.

–¡Una niña, y con este tiempo! ¿Vivirá todavía?

–¡Muy bien, Sultán, eres buenísimo! –lo felicitó el granjero. ¿Cómo habrá llegado la niña hasta aquí?

Sultán era un animal inteligente, pero no podía contestar a esa pregunta. Gimoteaba suavemente y movía la cola, mientras su dueño sacaba el cuerpo del cajón y lo llevaba con cuidado a la granja.

–Todavía vive, mira: duerme profundamente.

En el camino, Sofía se despertó un poco de su profundo sueño, miró sorprendida a su alrededor, cerró de nuevo los ojos, rodeó el cuello del hombre con su brazo y en seguida volvió a dormirse.

En la calentita habitación, cuando la granjera y su marido atendían a Sofía, frotándola enérgicamente con trapos calientes, la niña se despertó. Entonces la granjera exclamó:

–¡Oh, Diego! esta es... Sofía, la hija de Navarro, la de la pequeña aldea. ¿Cómo es que está aquí? Y ¿qué hacía en el cajón de arena?

Entonces Sofía se despertó del todo y buscó desesperadamente a su alrededor: –Mi vasija con la leche de cabra... ¡oh!... ¿dónde está mi vasija, la vasija con la leche de cabra? Tenía que traérsela... estoy segura de haberla tenido conmigo, todo el camino la cargué con el mayor cuidado... y comenzó a llorar amargamente.

–¡Oh, pequeña! no te preocupes por la vasija, ya la encontraremos –la consoló la granjera. Ahora tienes que calentarle bien, pues estás helada como un pajarito. No te preocupes por la leche, ahora come y bebe para reponerte. Luego nos contarás todo.

El granjero y su esposa colocaron a Sofía entre los dos, bien envuelta en mantas, y la alimentaron como a un pajarillo, colocándole trocitos de pan en la boca. De beber, le dieron leche caliente. Mientras aún la alimentaban, a la niña se le volvieron a cerrar los ojos. Cuidadosamente la llevaron al dormitorio, la colocaron cariñosamente en la cama, se quedaron un rato junto a ella y se consultaron acerca de lo que tendrían que hacer.

—Muy temprano Segovia tendrá que ir a la pequeña aldea de allá arriba —dijo finalmente el granjero. Nuestra prima tiene que saber que la niña está a salvo con nosotros. ¿Habrás mandado ella misma a su hija? Oí decir que arriba sopla un fuerte viento del sur; quizá allí no haya más nieve y la prima no sepa que el camino del bosque está completamente helado y cubierto de nieve.

—Sofía habló de una vasija de leche —dijo la granjera. ¡Pobre criatura! Verás, Diego, que algo le ocurrió, si no la niña no se habría animado a hacer tan largo camino hasta nosotros. ¡Oh, cómo estará de preocupada nuestra pobre prima por su hija!

Y mientras seguían consultando sobre el asunto, los granjeros se fueron a la cama. Después de una noche sin pesadilla, Sofía despertó tarde a la mañana y miró a su alrededor como mareada. Tardó largo rato antes de comprender dónde estaba y cómo había llegado allí.

Entonces la granjera apareció con una sopa humeante. —Aquí tienes, niña, come —le dijo amablemente. ¿No te sientes enferma? ¿No tienes dolor de garganta, o tos, o fiebre... después de tanta fatiga?

—No, en serio no estoy enferma y no siento ningún dolor, solo estoy muy cansada, sobre todo mis piernas... Pero ¿dónde está mi vasija de leche? Tenía que traérsela a ustedes. ¡Oh, cómo estará preocupada mamá por mi causa, ya que no volví en toda la noche!

En ese momento llegó el granjero, quien al amanecer había mandado a Segovia a la pequeña aldea. Entonces ambos consolaron a Sofía y cuando la niña volvió a preocuparse por su vasija, el granjero salió a buscarla. Y verdaderamente estaba en el cajón de arena, allí donde Sofía se había acostado la noche anterior. La leche estaba congelada, pues hacía mucho frío y algunos copos de nieve se arremolinaban al caer del cielo.

Sofía lloró porque la leche se había congelado, pero se consoló cuando la granjera le dijo, sonriente: —Más vale que la congelada haya sido la leche y no tú. ¡Demos gracias a Dios por ello!

Sofía asintió y juntó sus manos: –¡Oh, sí, pero además porque estoy tan bien aquí con ustedes y por el café caliente y la sopa. Pero ahora no recibiré ningún dinero para mamá y ella lo necesita tanto...

Entonces los granjeros se enteraron del motivo por el cual la señora Navarro, una mujer tan prudente, había enviado a su hija sola para afrontar tanto peligro. –Allá arriba, donde vivimos, apenas si se veía pequeñas manchas de nieve cuando me fui –les contó Sofía. El agua goteaba de los techos y hacía calor al sol.

Ahora, ella misma no se hubiera animado a volver a casa con tanta nieve y con el sendero del bosque tan helado. Pese a todo el amor que sentía por su madre. Entonces quiso levantarse y ayudar en los quehaceres asegurando que se sentía bien en cama. –Quédate hasta el mediodía –dijo la granjera–, no todos los días yace uno en un cajón de arena con hielo y nieve, y más vale cuidarse. ¡Oh! cuando pienso que el cajón está tan solo a cincuenta pasos de la granja y tú no tenías la menor idea de ello... Sí, ¡si no fuese por nuestro Padre celestial! Él usó a Sultán, llamándole la atención. ¡En todo tiempo Él tiene recursos!

Hubiese sido muy lindo y cómodo poder estar en la cama y observar a la granjera ocupándose en los trabajos de la casa, pero el pensamiento de su madre en casa no la dejaba tranquila a Sofía. También la granjera miraba a menudo hacia el camino cubierto de nieve por el cual Segovia debía volver de la pequeña aldea. Llegó el mediodía y el hombre todavía no había llegado. Cuando el granjero entró para comer, pensó, preocupado: –Con tal de que no se haya caído en el camino y se haya quebrado una pierna...

Él mismo quería salir a buscar a su peón cuando de pronto se oyeron pasos en el vestíbulo de la casa. La puerta se abrió y Sofía saltó de la cama directamente en los brazos de su madre. Hubo una gran alegría, preguntas e informaciones. Inmediatamente Sofía fue devuelta a la cama, para que no se resfriase. Entonces entró Segovia.

–Contaré todo –dijo, dándose importancia–, pues esta vez, por decirlo así, soy el personaje principal. El camino a la pequeña aldea estaba completamente helado, cubierto de nieve y ventoso. Unas diez veces debo de haberme caído, pero finalmente, pese a todo, llegué a la aldea. Mas la señora Navarro no estaba ahí, y cuando pregunté dónde estaba la señora enferma, los vecinos me dijeron que se había ido hacía media hora en busca de su pequeña Sofía, por la cual estaba muy preocupada.

–Mi buena mamá –dijo Sofía–, enferma como estás, salir de la cama para ir al frío.

–No pensé en la enfermedad, hija –contestó la señora Navarro. ¡Ay, Sofía! en toda mi vida no podré olvidar esta última noche.

–Ya lo creo –murmuró la granjera casi para sus adentros. Sofía se apegó fuertemente a su madre.

–Si anoche no hubiese sido tan tarde cuando encontramos a la niña y el camino no se hubiera hallado tan peligroso, habríamos mandado a avisarle en seguida –dijo el granjero. Pero Segovia, no has terminado de informarnos bien... ¿Cómo es que no encontraste a la señora Navarro en el camino a la aldea antes de llegar allá arriba?

Segovia se sintió muy incómodo y se rascó la cabeza. –No fueron más de cinco o diez minutos, no más –dijo, disculpándose– y mi sed era muy grande. Justo cuando yo tomaba un trago en la taberna de los Cazadores debe de haber ido la señora Navarro hacia el bosque. En cuanto me enteré, salí corriendo tras ella más rápido que una liebre al huir y la encontré donde el camino se pone más resbaladizo y helado.

–Segovia fue muy prudente y se preocupó por mí –se apresuró a decir la señora Navarro, pues el granjero había exclamado, como reproche: –Pero ¡Segovia, Segovia!

–Él no permitió que caminase sobre el camino helado y tampoco yo hubiese tenido la fuerza necesaria; y así me condujo dando un rodeo hasta aquí. Por eso llegamos tan tarde.

Aquí su voz le falló. Muy pálida por el cansancio, se echó hacia atrás en la silla. Después de una enfermedad tan larga, el camino la había agotado.

La granjera salió apresurada y pronto volvió con café caliente, pan y carne. Opinaba que también la señora Navarro debía acostarse, pero la mamá de Sofía no quería saber nada de eso. Ella pensaba que tan solo una horita de descanso lo arreglaría todo. –Ya es un gran favor –terminó diciendo ella– estar en este rincón protegido del viento. Arriba el viento soplaba muy fuertemente cuando salí; había cambiado hacia el este, de manera que era helado como la nieve. Y aunque arriba tenemos menos nieve que aquí en el bosque, donde el sol no puede brillar tanto, uno se siente aquí más protegido. En los últimos días, a menudo pensé que en cualquier momento la casa podía ser volteada por el viento, ya que no es de las más nuevas.

–Por ahora, Teresa y Sofía se quedan unos días con nosotros, ¿no es cierto, Diego? –dijo la granjera–, ¡y más tarde veremos!

La señora Navarro miraba del uno al otro, conmovida. –Ustedes son muy buena gente, ¿cómo podré pagarles?

Entonces Sofía exclamó asustadísima: –Pero, mamá, ¡nuestras cabras! ¿Quién se ocupará de ellas si estamos aquí abajo?

La madre la tranquilizó, diciéndole: –La vecina me prometió cuidarlas hasta mi regreso.

Entonces la señora Teresa se quedó unos días, y luego unos días más; los días se hicieron semanas y finalmente fueron meses durante los cuales la señora Navarro permaneció con los granjeros en el cómodo y protegido rincón del bosque. Solo una vez, poco después de la terrible noche, había ido con Segovia allí arriba: para buscar sus cabras y lo más necesario para ella y su hija. La granjera y su marido tenían camas y suficiente lugar. Para madre e hija se arregló una amplia habitación en la buhardilla tanto quehacer. En la casa se encontró para las diligentes manos de Teresa que la granjera no comprendía cómo había podido arreglarse hasta entonces sin la ayuda de la silenciosa pero siempre activa mujer. Fuera por supuesto, en el invierno no había tanto que hacer en la granja. Entonces la señora Navarro bordaba blusas, faldas y manteles que un negocio de la ciudad le pagaba bastante bien. Ella insistió en usar la mayor parte de su entrada para pagar a los amables dueños de casa su estadía allí. No obstante, cuando llegó el verano y con él los visitantes de las ciudades, su ayuda se hizo absolutamente indispensable. A sus parientes les ahorró una sirvienta que en verano siempre habían tenido que emplear. Ahora Teresa trabajaba en la cocina, calentaba la leche, hacía el aromático café, hacía tortas, de manera que la granjera podía atender personalmente a los visitantes, lo que hacía con rapidez y amabilidad.

La salud de la señora Navarro mejoró mucho con el suave aire del bosque, aunque, físicamente, nunca fue una persona fuerte. Vendió la pequeña casa de la aldea y, la suma que recibió por ella ayudó a que no se preocupara por ser una carga para los granjeros.

\* \* \*

Sofía se siente muy bien en la granja tan hospitalaria y ayuda como puede. Pronto comenzará a ir a la escuela, abajo, en la ciudad. Eso la alegra. Sabe que tiene una madre que la ama mucho, que posee en ese rincón del bosque un verdadero hogar y que el gran Dios del cielo es su fiel y amante Padre, en quien siempre puede seguir confiando.